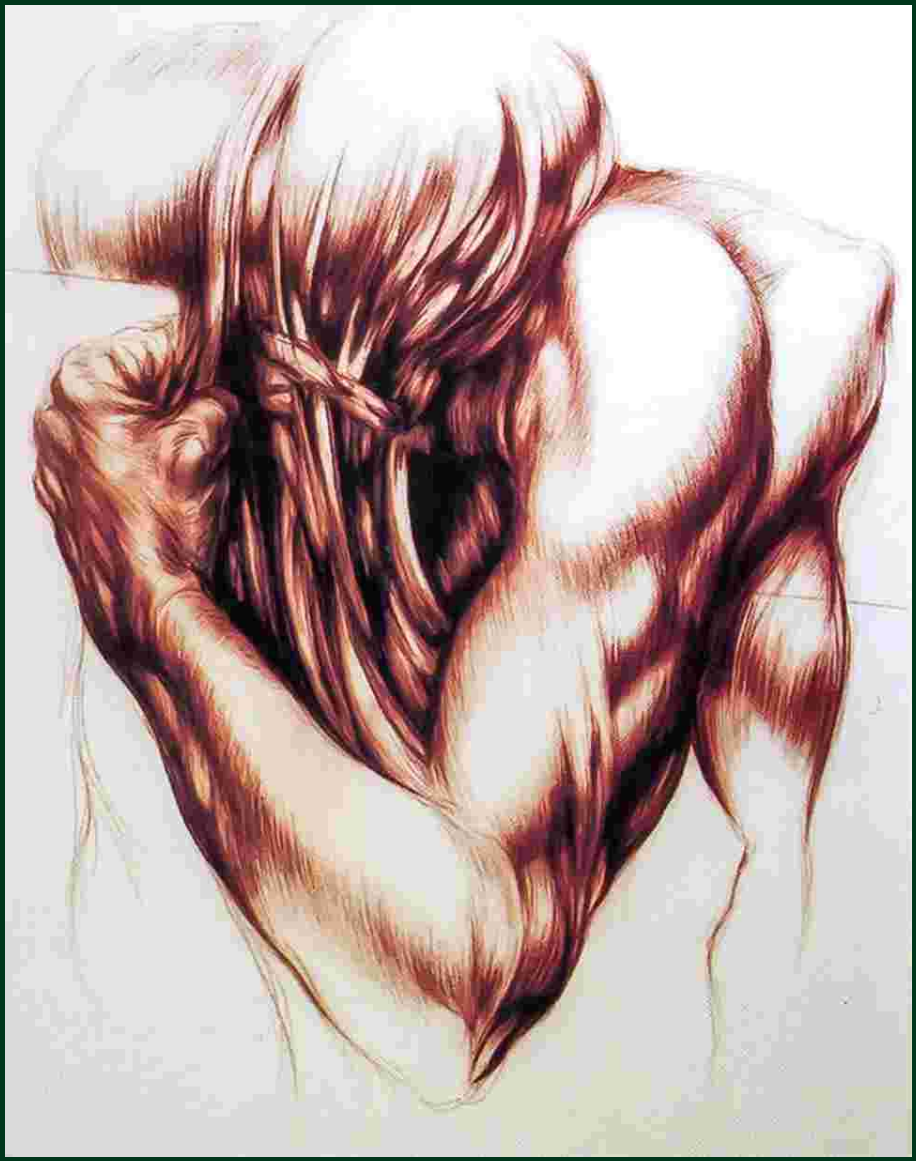
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



ABRAZO. Dibujo a la sanguina 100 x 74 cms.

CON IMÁGENES DE JOSEP AZORÍN Y TEXTOS AUCANOS EN SU HONOR.

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista cuatrimestral

Nº 27 Marzo de 2013

AUCA

© De los textos, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Inmaculada Méndez, Mª Isabel Pintos, Trinitario Rodríguez, Julia Díaz Climent, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez, Manuel Valero Gómez

Colaboradores : Sergio Gadea, Manoli Dafauce, Araceli Cuesta, David Ortega, Rafaela Lax, Marina Encuentra, Ariadna Robles, Carmen Thomas, José Luis Vidal, Julio Pavanetti, Luis Miguel Rubio, Mina Pardo, Bernardita Maldonado, Concha López Sarasúa, Román de la Calle, Iván Calero, Aitor L. Larrabide.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Segundo García
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Abrazo,* de Josep Azorín

Imprime : Gráficas Cervantes

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 -Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

	AUTOR	pág
Presentación	Mª Rosario Mohinelo	2
Mi niña loba	Julia Díaz Climent	3
La poesía, pariente pobre	Juan Vicedo	4
Lugares comunes	Sergio Gadea Escudero	5
Por la playa solitaria	Mª Rosario Mohinelo	5
Relatos de Oychó, el jardín flotante	Mercedes R. García-Olías	6
El mirador de la luna	Trinitario Rodríguez	11
Pequeños poemas	Francisco Alonso Ruiz	12
Atardecer en el boulevard	Manoli Dafauce	13
Mi maestra y las cruces de mayo	Araceli Cuesta	14
Dos elegías inseparables	Juan Vicedo	15
Las hermanas	Francisco Alonso Ruiz	16
No es ciertamente nada extraordinario	Manuel Parra Pozuelo	16
El hueco de tu vientre	Inma Méndez/Alféizar	17
En tu silencio	Mina Pardo	17
Crónica de una españolita en la selva de Yucatán (1)	Ariadna Robles Rodríguez	18
Los relojes	Francisco Alonso Ruiz	19
El fusilamiento	Airam Lebasi	19
Gris está el mar	Mª Rosario Mohinelo	20
CUADERNILLO dedicado a Josep Azorín	Varios autores	21
Invocación al canto	Juan Vicedo	39
Dos sonetos a Lara	Lucía Espín	40
Peregrinar celeste	David Ortega Expósito	41
Si no me ves	Julia Díaz Climent	41
Camila	Mª Rosario Mohinelo	42
Querido príncipe	Inma Méndez/Alféizar	43
Lo que no nos permite dar la mano	Manuel Parra Pozuelo	44
La muerte era	Francisco Alonso Ruiz	45
Un día más	Rafaela Lax	46
Sobreviviendo a lo auténtico	Marina Encuentra de Silva	47
Soneto del pasar	Manuel Parra Pozuelo	50
Número 7	Carmen Thomas	50
El espejo	Mª Rosario Mohinelo	51
Amor del hambre	José Luis Vidal Carreras	52
Palabras de Windows Microsoft	Juan Vicedo	53
Volver a leer	Airam Lebasi	54
El hilo Azul	Mercedes R. García-Olías	54
Viraje por la sextina 1	Luis Miguel Rubio Domingo	55
Atardecer onírico	Concha López Sarasúa	56
Poemas de “Las dos orillas”	Julio Pavanetti/Mercedes R. Gª-Olías	58
Los potros del mar	Bernardita Maldonado	59
A medianoche	Airam Lebasi	60
Caos	Airam Lebasi	61
Cerrar las alas	Julia Díaz Climent	61
Dos almas (Canción)	Mercedes R. García-Olías	62
Soñé que éramos lobos	Iván Clero	63
Retrocedidos al Medievo	Trinitario Rodríguez	64
En torno a Miguel Hernández de Manuel Parra	Aitor. L. Larrabide	66
Nuestro adiós a dos artistas alicantinos	El colectivo de los poetas aucanos	68

PRESENTACIÓN

Con renovada ilusión volvemos a encontrarnos con Vdes., queridos y fieles lectores, para ofrecerles la nueva cita de AUCA con las letras, en esta ocasión nuestra revista número 27, primera del año 2013, deseándoles disfruten con el contenido de sus páginas.

Como si la proximidad de la primavera hubiera influido a aumentar su inspiración, muchos y variados son los temas de los trabajos enviados por nuestros colaboradores, a los que agradecemos, como siempre, su generosidad. Citaré sus poemas en el mismo orden en que aparecen en la revista: *Lugares comunes,* de Sergio Gª Escudero; *Atardecer en el bulevard,* de Manoli Dafauce; *En tu silencio,* de Mina Pardo; *Peregrinar celeste,* de David Ortega Expósito; *Un día más,* de Rafaela Lax; *Número 7,* de Carmen Thomas; *Amor del hambre,* de José Luis Vidal Carreras; *Viraje por la sextina,* de Luis Miguel Rubio Domingo; *Poetas de Tetuán* de Julio Pavanetti y *Los potros del mar* de Bernardita Maldonado.

De los trabajos en prosa de nuestros colaboradores, comienzo con el de Araceli Cuesta, *Las cruces de mayo*, que atribuye un poético origen a la celebración de esta fiesta y hace un cariñoso homenaje a su antigua maestra. Ariadna Robles nos habla de sus experiencias en *Crónica de una españolita… en la selva de Yucatán* y Marina Encuentra da Silva de las suyas durante un singular viaje en autobús por tierras de Guatemala. La escritora Concha López Sarasúa, nos ofrece una visión poética y misteriosa de su tierra en *Atardecer onírico (Relato asturiano)* e Iván Calero confiesa en *Soñé que éramos lobos*, que se sintió libre mientras duró su sueño.

También nuestros compañeros nos ofrecen sus escritos. En su artículo *La poesía, pariente pobre*, Juan Vicedo hace una encendida defensa de ésta y de la necesidad de que alcance el lugar que le corresponde en los planes de estudio hasta ahora dominados por lo prosaico. En *Relatos de Oychó, El jardín flotante,* Mercedes Rodríguez, nos cuenta los riesgos arrostrados en su infancia africana por su afán de contemplar la llegada de las ballenas. Francisco Alonso Ruiz ha escrito *Las hermanas,* un relato gótico que nos estremece. Airam Lebasi recrea el comienzo de *Cien años de Soledad* en *El fusilamiento;* regresa a su Galicia natal y al problema de la droga en *Volver a leer* y nos habla de un curioso visitante nocturno en *A medianoche.* Mª Rosario Mohinelo en su relato *Camila* nos advierte de las sorpresas que puede depararnos la vida. De los poemas de nuestros compañeros, por falta de espacio, sólo diremos que los hay conmovedores, amorosos y esperanzadores, otros, hablan del paso del tiempo, de la muerte ineludible, invocan al canto…

Siguiendo con nuestro propósito de homenajear a nuestros artistas, hoy nos detenemos en la obra del pintor y escultor José Díaz Azorín, dedicándole el cuadernillo central de nuestra revista con reproducciones de algunos de sus trabajos, acompañados por los comentarios que han suscitado en la sensibilidad de nuestros poetas aucanos, y que culmina con el minucioso estudio que la docta mirada que Don Ramón de la Calle, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, hace sobre el artista en su artículo *Jamás el negro dejará de ser un color.*

Cierra nuestra revista Aitor L. Larrabide, Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández, analizando el ensayo de nuestro compañero Manuel Parra, titulado *En torno a Miguel Hernández,* editado en nuestra colección *Presencias Aucanas,* del que dice: *nos presenta a Miguel Hernández bajo prismas críticos novedosos y originales*. No es pequeño elogio esta opinión si tenemos en cuenta lo que el propio Larrabide ha dicho sobre los numerosos trabajos que sobre la vida y obra del poeta se han realizado.

Mª Rosario Mohinelo

Mi niña loba

Todo era azul en ese día
la campana, las horas, la esperanza
y la luz se arrojaba a horcajadas
en mis manos.
La miré y estaba,
estábamos sobre la Tierra hablando
ella en su jerga loba
yo con mi canto.
Era posible entonces correr y respirarnos
acariciar el hálito infantil de su ternura.
Y emprendimos juntas el camino
yo con mis sueños a cuesta y ella…
ella corría trayendo en cada oreja la alegría
poniéndola a mi lado.

Todo era azul en ese día
y la luz, se arrojaba a horcajadas
en mis manos,
yo la miré y estaba
estábamos sobre la Tierra hablando.

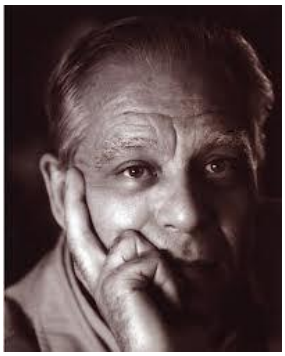
Fue solo en un instante el trueno
el grito y la fractura,
su cara se abrasaba
perdida en el espanto,
me miraba mi niña loba, mi pequeña
me llamó con todo el dolor del mundo dentro
de su pequeño cuerpo triturado
y no pude traerla con mi abrazo.
La llamaba y me oía
quiso venir a mí
pero la Tierra, antes azul, campana y canto
se abalanzó voraz sobre mi niña
mordiéndole la sangre
hambrienta de su vida
sedienta de mi llanto,
y la luz
se coaguló dormida en mi regazo.

Se la dejé a la Tierra que la quiso
y después, mucho después
cuando la noche me habló y abrí los ojos
pude reconocer el tiempo y los espacios.
Yo la miré y estaba
estábamos las dos
sobre la tierra hablando
ella en su jerga de alma
yo con mi luz
sobre el amor cantando.

Julia Díaz Climent

Ilustración de Noah Lang de 13 años.

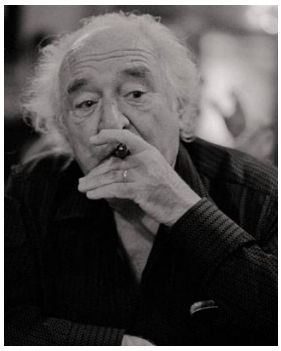
LA POESÍA, PARIENTE POBRE



Guillermo Carnero

Confesaba hace algún tiempo **Guillermo Carnero** que vender 5.000 ejemplares de un libro de poesía, por muy premiado y elogiado por la crítica que estuviera, resultaba toda una hazaña. Alcanzar esa cifra era todo un sueño en esta edad de hierro. Según él, antes *novísimo* y ahora obligado a ganarse el pan desde una cátedra universitaria más los galardones que consigue, la lírica no puede competir con la cultura audiovisual ni con los juegos de ordenador, ni con el *rap* o cosas parecidas.

Parece que a Carnero le ha fallado la memoria en esta ocasión, pues ya hace cincuenta años los poetas sociales -**Gabriel Celaya-** acuñaron aquello de que "corrían malos tiempos para la lírica".



Gabriel Celaya

El problema viene de lejos por tanto, sin que nadie se haya molestado en buscarle soluciones. Porque problema es el hecho de que la gente pase por estudios medios e incluso universitarios sin que hayan alcanzado a penetrar la esencia de lo poético. La novela, el teatro, el ensayo, van mucho mejor, con las fluctuaciones propias de cada época, con gustos que cambian según se imponga lo social o lo histórico; pero el novelista puede contar con unos lectores e incluso puede vivir de sus creaciones, en especial si ha dado con un filón de novela histórica o similar. Tales mieles le están negadas al poeta.

¿Por qué ese desdén por el verso? ¿Por qué sólo se le ofrece al poeta un puesto de trabajo como corrector de pruebas? ¿Por qué, en definitiva, no se lee la poesía? Sencillamente, porque es la pariente pobre de la literatura, es ese pariente que desdice de la categoría social de la familia, que vive cerca de las chabolas o sufre el desahucio de su vivienda por impago de la renta. A esa situación se llega como consecuencia del abandono que padeció, padece y padecerá bajo cualquier plan de estudios pragmático y utilitarista. Para ser policía municipal, bombero o registrador de la propiedad basta con dominar más o menos la lengua como instrumento, la lengua como herramienta al servicio de unos objetivos. Para ser magistrado no hace falta saber quiénes fueron **Vicente Aleixandre** o **José Agustín Goytisolo.** Y así vamos, enfrascados sólo en la prosa, por no afirmar que estuvimos y estamos dominados por lo prosaico.

A la gente no se le dice nunca la verdad: se les considera preparados para la vida si han conseguido entender unas normas de convivencia, respetar moderadamente al prójimo, sentir un poco de piedad por los más desafortunados o por los desaparecidos en una catástrofe natural. Pero a nadie se le enseña a ver plenamente con sus ojos, a tocar profundamente con su mirada cuanto los rodea, a saborear el tono y el timbre de la palabra. Parece como si con haber educado ligeramente la inteligencia ya fuera suficiente, cuando lo que más nos identifica frente a tantos seres vivos y a tantos ingenios artificiales inteligentes es nuestra forma de ver, sentir, oler, gustar y tocar.

En la poesía el referente no es algo frío, ni una alteridad que esté ahí, distante de nosotros; el referente poético, aquello que decimos en el verso, es la verdad creada a cada instante, en ese momento del día cuando nace la luz sin que llegue a cegarnos. La luz que el poeta sabe crear es siempre algo que no tenía una existencia anterior y resulta difícil clasificarlo. ¿Dónde poner o cómo llamar a los ensueños de un **Juan Ramón** en su travesía marítima hacia Norteamérica? ¿Qué hacer con la congoja de quienes contemplan desde su sensibilidad la muerte de su padre o la pérdida de un ser muy querido y saben comunicarlos mediante el ritmo versal? Se les clasifica de enfermizos o neurasténicos, y eso basta para tranquilizar las conciencias de las *autoridades académicas.*

Cuando al poeta y a la poesía se les sienta tan necesarios como al pan y al fuego, veremos poemarios reeditados en vida del autor y lectores gozosos en su lectura. Aunque ese momento quedará siempre muy remoto, si no se tiene la gallardía de llamar a las cosas por su nombre, desde cualquier instancia.

Juan Vicedo

Lugares comunes

Ella descansa su mirada incierta...
los miles de poemas que habrá escrito el hastío,
las decenas de labios
que besaron sus labios,
luz vespertina de la *Sainte-Chapelle*
en sus ojos románticos;
para la medianoche,
baptisterios de sangre alucinógena,
El Gran Canal en sueño azul...
reminiscencias para otra vida.

Las decenas de labios que besaron mis labios,
hurto de liras en los palacetes...

Ella descansa su mirada incierta
sobre el piélago de las fantasías,
él camina junto a los dioses.

Sergio Gadea Escudero

Por la playa solitaria

Por la playa solitaria caminaba, caminaba.
Quedaban como reguero de nostalgia
entre dulzona y amarga
las huellas de otras pisadas
por la arena derramadas,
testimonio evanescente
del caminar de otras almas.

El astro rey parecía
que se iba hundiendo en el agua,
y en el cielo malva y grana,
nacarado del crepúsculo,
como esponjoso algodón
flotaban las nubes blancas,
con un festón llameante
con que el sol las perfilaba.

Por sobre la arena rubia
mis pasos se deslizaban.

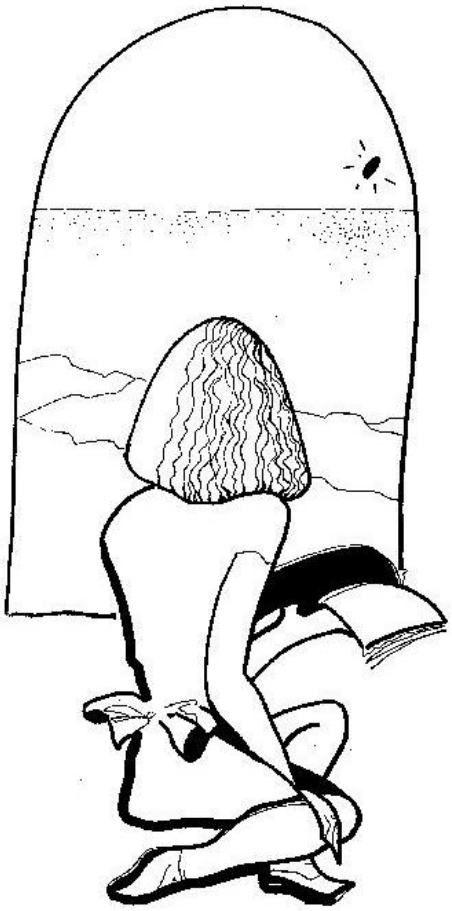
María Rosario Mohinelo

RELATOS DE OYCHÓ(*), EL JARDÍN FLOTANTE

1

LA ISLA QUE CAYÓ DEL CIELO

Desde la atalaya, Ilustración de Rosa Martínez Guarinos



Desde la atalaya del mar contemplaba el horizonte. Por allí aparecería la vida, inmensa, sorprendente, como debe ser; no de un modo clandestino, sino majestuosamente unida a la mole corporal de las ballenas. Todos los años sucedía lo mismo por aquellas fechas. Lo esperábamos, sabiendo a ciencia cierta que pasarían por ese lugar, respondiendo a su arcano instinto de animales sabios, antiguos y profundos. Cada año me preguntaba cómo podían resistir tan largo periplo sin desfallecer, sin agotarse ni abandonar la empresa, viniendo desde zonas polares hasta el Ecuador, hasta mi isla poblada de sueños y de ensueños, de magia críptica y de luminosa paz.

Era un periplo demasiado extenso y además cuando se tienen quince años, el tamaño del globo terráqueo parece desmesurado; la cifra de su diámetro tal como te lo enseñan en la escuela, es un número enorme; sin embargo, las ballenas hacían el dilatado viaje de Norte a Sur, o de Sur a Norte, tenía mis dudas; no, no, seguro que iban de Sur a Norte guiándose por la estrella polar como los antiguos navegantes.

Cogía mi libro de poemas, mío en propiedad, comprado con los cinco duros que papá nos daba para el esparcimiento de los domingos y festivos; a veces llevaba mi novela favorita del momento y me iba a la atalaya del mar a esperar. Todos los días, sin fallar ninguno, porque sería una pena tremenda que se les ocurriera pasar precisamente el día que decides no ir porque estás cansada de estudiar, o porque te has quedado durmiendo la siesta. Esperaba hasta el anochecer, hasta las siete de la tarde, después, ya sin luz, era imposible distinguir el mar y el horizonte. ¡Maldita fuera si les diera por cruzar cuando haya oscurecido!

En nuestra isla, luz y tinieblas participaban de la vida en espléndido himeneo repartiéndose con gozo, mitad y mitad, la acción y el reposo del Universo entero. El sol se desperezaba con el mayor descaro a las siete en punto de la mañana, sin previo anuncio, sin dejarte primero la consoladora penumbra de una aurora lenta, como un exabrupto, con un “aquí estoy yo, levántense ustedes”.

A pesar de saberlo, a pesar de conocer sus modales intempestivos e impetuosos, cada día me maravillaba de la inmediatez de su juego astral, de su dominante forma de manejar mi asombro, de su esplendor y su alegría. Con la misma rotunda decisión, se ocultaba a las siete en punto de la tarde, en plan de “ahí te quedas y apáñate como puedas que mañana hablamos”, dejándote con la labor a medio hacer, casi con la palabra en los labios. Se escondía avasallando tus intenciones inmediatas y quizás se reía de nosotros como sólo puede reírse el Sol. Pero yo sabía que únicamente a mi Sol podían ocurrírsele tamañas veleidades, para

eso era un sol que estaba donde estaba en lugar de haber elegido otro punto del planeta para tejer su caprichoso y radical comportamiento.

Alejo Carpentier, escritor isleño a quien debemos los seres vivos agradecer que haya nacido y le haya dado por escribir, en lugar de dedicarse, por ejemplo, a ser un tecnócrata montado a lo grande, con despacho de aquí te espero, oficina técnica y demás elementos plutocráticos, lo había comprendido tan bien como yo. Recuerdo con transparente nitidez el día en que leyendo una novela suya me topé con la más asombrosa, perfecta y maravillosa descripción del arbitrario desenvolvimiento de las nubes tropicales, cuando les da por dejar de ser nubes y les entra la imperiosa urgencia de ser tornado. Esa fascinante narración ¡cómo no iba a hacer mella en mi ánimo! conociendo yo la realidad del veleidoso proceder de aquellas nubes rosigrises, lechurriosas y descaradas. Tan pronto son tenues, menudas y difusas como ectoplasmas, como a los diez minutos se agrupaban en apretada cohorte de batalla, entonando el peán encrespándose, tupiéndose con siniestras intenciones, encabritadas y molestas por la inactividad del momento anterior; o bien bostezaban aburridas y tristonas, cerniéndose en marañas impenetrables de variados tonos grises (perla, ala-de-pájaro, panza-de-burro), y duro restallar, a plañir desconsoladamente con gemidos leves o a grandes alaridos, según el acto o la escena de la obra.

Pero no puedo, o mejor no sé; no podría siquiera soñar que encontraré palabras, simples palabras para narrar los pormenores de semejante trama con toda su tramoya, su juego de decorados móviles, de subibajas constantes. Me dan ganas de cortar por lo sano e introducir los párrafos de Carpentier íntegramente con sus entrecomillas y todo; ganas me dan, porque difícilmente podré yo expresar en toda su grandeza plástica, la derrumbadora hecatombe de las nubes tristes o enfadadas y su despreocupada laxitud de después, cuando aplacada su ira se dan a toda clase de retozos y gráciles escarceos, cual si fueran dulces vírgenes risueñas mojándose la punta de los pies en la espuma del Mar. Y tampoco podría relatar cómo queda la faz de la tierra cuando el tornado se aleja con olímpica majestad, diciendo "ahí va eso, chitón y a portarse bien", que nuestra isla es demasiado bella, mimada y consentida del cielo y eso acaso sea pecado ante Dios Todopoderoso, que al Demiurgo se le fue la mano el sexto día por el cansancio de crear tanto en tan poco tiempo o porque tenía prisas o apreturas y es un despiste perdonable a Dios, que solo en cinco días y pico se lo había creado todo a marchas forzadas, con gran diversidad, con lujo de detalle, las cosas grandes, las pequeñas, gentes, paisajes, faunas y floras, y bien pudo tener el Señor un fallito, un lógico desliz en medio de tal ajetreo, o confundirse de saco yendo a meter la mano dos veces seguidas en el de Todolobueno, en vez de alternar bueno-malo; o que al hacer el vuelo final de reconocimiento e inspección de lo Creado, quizá llevaba en bandolera los talegos de Todolobueno y Todolomalo, y tal vez, sobrevolando el grado cuatro sobre la línea del Ecuador va y se le escapa de la saca de Todolobueno nuestra isla y fígúrate si el pobre ya fatigado tiene que ponerse a recogerla en medio del mar; pues no, mejor dejarla ahí, que ya mandaré el tornado a darles azote de cuando en vez para que no pequen de soberbia y hedonismo.

Y cuando el tornado se aleja sediciosamente, una vez cumplida la tácita voluntad divina, la superficie de nuestra tierra queda abatida y anegada. Primero arremete el viento silbando de un modo único e indescriptible; no, no es un silbo, es una vibración musical producida por el intento de ese aire infernal que quiere penetrar entre las hojas alargadas y elásticas de las palmeras; se golpean unas contra otras, se cimbrean y rugen como fragoroso aleteo de pájaros. El maldito viento arrecia que te arrecia, in crescendo de poder que para eso sabe que el mismísimo Dios le envía; el vendaval que viene con su flamante misión depuradora, encargo directo del Supremo Hacedor, sabiendo que tiene patente de corso, que nadie osa enmendarle la plana a Dios.

Luego entra en escena la salvaje lluvia que te coge a traición; tan gruesas gotas que siempre me dejaron perpleja porque al caer sonaban plof-plof y al estrellarse contra el suelo sediento dejaban dibujadas ingentes huellas del tamaño de una mano adulta. Tú intentabas huir y la gota te permitía como mucho incorporarte, pero de huir nada, ¡eso sí que no! Y en segundos ya estabas chorreando hasta la médula. Un auténtico golpe bajo que se reproducía con pasmosa exactitud varias veces durante la estación seca.

Mi madre se resignó a aceptar la alevosía de los elementos con firmeza de castellana vieja e inquebrantable moral cristiana de las de "si el Señor me lo manda sus motivos tendrá", pues nunca sospechó lo de los seis días faustos, el talego de Todolobueno y nuestra isla cayendo al mar como una lágrima divina. Sentada a la puerta de casa en su manso sillón de mimbre, con la labor de costura eternamente en el regazo (mamá siempre fue una hermosa sinfonía de hilos, cintas y botones de colores), no se quejaba jamás y el aguacero se divertía para sus adentros estropeándole las bobinas y ablandándole las cintas en un decir amén; un airón espeso que provoca el ris-ris de hoja de cocotero; que arrecia a los quince segundos; ella que se incorpora retirando de su delantal blanco con puntillas de blonda la prenda a medio coser; la gran bobina de algodón alejándose perezosamente y el trac de las tijeras al caer; otros quince segundos y ella que gira, coge el sillón por los apoyabrazos aupándolo; y allí mismo, sin conseguir hollar el umbral de la casa que está a cuatro

pasos, el diluvio la alcanza derribando su animoso espíritu castellano; suspiros, mecachis y ¡Virgen del Amor Hermoso! de nada sirven.

Especialmente memorable fue un tornado de cien mil diablos que pilló a mi padre infraganti ante el porche de la casa vecina; el pobre no tuvo tiempo de invocar vírgenes de amor hermoso ni de decir esta boca es mía, aunque verdad es que en el caso de mi padre ya podían las cien mil vírgenes vivir tranquilas en la más absoluta holganza celestial, porque de puro anticlerical jamás las invocaría.

Jugaba una tarde al dominó con los amigos junto al zaguán de la casa vecina; el cielo se espesaba aunque ellos ni enterarse pues ya habían dado las siete y era noche cerrada; las estrellas se tomaban un merecido descansito, hartas ya de tanto guiñito y titileo; en esto que se levanta un olor a humus del que no he hablado antes porque sólo mi nariz privilegiada era capaz de identificar tan exótica fragancia; chifló de inmediato el viento-hoja-de-cocotero; los cuatro se incorporan con tal ímpetu que las sillas quedan derribadas en el suelo; todos a una izan la mesa en volandas e intentan dar los siete u ocho pasos que les separan del porche aledaño; se apresuran los desventurados mientras las gotas se lanzan al ataque con estrépito de hoplitas griegos en plena refriega; y cuando huellan el zaguán con su mesa volante, el tablero de mármol verde está ya inundado completamente y sobre él bogan las fichas de dominó como barquitos de papel en un estanque. ¡Qué espléndido homenaje daban a la lluvia aquellos hombres con su mesa izada y chorreante! Papá que pasa de mesianismos y confesiones lanza un ¡carajo de agua! bien sonoro, por si acaso pasara por allí algún emisario celestial que le llevara a Dios el mensajito, que ya estaba bien todos los años con la misma zarandaja.

2

SINFONIA DEL MAR

Otro día más en la atalaya marina y de las ballenas ni rastro. Desde el puesto de vigía contemplaba la playa y el pronunciado escarpe que hay entre la orilla del agua y mi prominente posición. La fina arena es casi totalmente negra; pensaba yo que tenía que ser así forzosamente, que era justo pues esto es África, el Continente Negro, y está claro que una playa que se precie tiene que ser negra y no blanca porque entonces sería racismo.

Un conjunto de grandes piedras redondeadas formaba un diminuto rompeolas a la izquierda. La inteligencia natural de aquella playa me conmovía en toda su pequeñez; en sus escasos trescientos metros había maravillosos rincones para estar sólo y pensar en cosas importantes de la vida o en asuntos trascendentes para los que se requiere tener paz, ver el horizonte rotundo, mirar al sol y tomar luego decisiones de amplios vuelos. Tenía sus rocas negras volcánicas, sin aristas, sedosas como culillo de recién nacido, porque el mar se deslizaba entre ellas y no las batía, sino que las lamía con mansedumbre de viejo perro casero; debían estar ahí para que el género humano se diese la gozada de pescar sin castigarse las nalgas con mil tormentos de pinchazos y raspones, sin usar siquiera caña, sólo un sedal en el que podías prender en el anzuelo, como un regalo, un trozo de cinta roja o fucsia de las de mi madre, porque los peces no siendo enteramente estúpidos, eran tontorrones y redomados mirones y aquel color quizás lo asociaban con helado de fresa o sugus o algo por el estilo; la cinta no debía ser muy corta para que se moviera sinuosa con apariencia de lombriz; de este modo quedaban los peces subyugados con tan apetitoso bocado de postre.

Desde esas rocas se pescaba mucha picuda ¡y eso que era pura playa y no cubría más que hasta la cintura!; yo me planteaba la terrible duda de si las piedras habían ido cayendo lentamente desde la escarpa hacia el mar, o bien el mar las había vomitado o regurgitado en un parto telúrico a fin de que nosotros tuviéramos un rinconcito apacible donde pescar y meditar; tal era su armonía, su integración con la línea del horizonte.

Tenía mi playa volubles querencias en lo concerniente a mareas, vaivenes y golpes de mar; también esto me llevaba a acrecentar la honda sospecha de que al Todopoderoso se le cayó la isla de la talega en el vuelo de inspección final, porque si no, no era posible tal cumulo de circunstancias prodigiosas como la de las mareas, cuya despreocupada voluntad no estaba sometida a los albedríos de otras mareas disciplinadas, avisadoras y matemáticas, sino que actuaba motu proprio, alegremente, retrayéndose cientos de metros cuando le venía en gana; a mediodía o al caer la tarde, formaba una inmensa planicie de dunas rizosas y las rocas quedaban ahí en medio, perplejas, con las vergüenzas al aire y como diciendo ¡chica ven aquí que lo que haces no está bien ni es decoroso!; pero ella como si tal cosa, a lo suyo, alejándose hasta donde le apetece, permitiendo incluso la visita del respetable público a los islotes de los Loros que están justito delante aunque no puedes llegar si no es en barca; da lo mismo ir que no ir porque los loros un buen día se largaron; aquellos loros grises-rojos que se

amaestraban en diez días y aprendían chascarrillos de arcipreste y frases subidas de tono, porque eran otro prodigio más de nuestra isla cuya fama y prosapia había llegado a los cinco continentes.

A su albur y por las bravas la marea vuelve, pero ahora, no con el lento regodeo que empleó para replegarse, sino a trompicones, mojándote los tobillos si no arreas como alma que lleva el demonio. Mil veces volvimos jugándonos el tipo, pisándonos el rizo de la ola los talones y sin volver la vista atrás, no fuera a romperse el círculo mágico que envolvía nuestro miedo, el riesgo y la aventura toda, con sus caracolas strombus bubonus de la especie enana que eran preciada recompensa a nuestras arriesgadas incursiones mar adentro; porque son caracolas también únicas, codiciadas por los coleccionistas, que no proliferan en la Tierra con excepción del litoral de nuestras islas, el Golfo de Biafra y algún que otro lugarcillo sin mayor renombre.

Entre flujos y reflujos el mar va y viene con gracia y elegancia de bailarín; con las olas bailan los cangrejos bocazas o pinzones que tienen una pinza canija atrofiada y la otra enorme, tan grande como todo su cuerpo; saliendo de sus guaridas bajo la arena húmeda, organizan un guirigay de chocar de palpos y contoneos de lado, que a menudo pierden el mayestático estilo a lo friso egipcio de perfil y se deslizan como bailando la polca; toda la orilla del mar se convierte entonces en un festejo de pequeños danzantes batiendo palmas. Emergen también los perioftalmos saltarines que con sus grandes ojos saltones inspeccionan el esforzado trabajo de la marea. Cangrejos y pececillos salen no únicamente para alimentarse como afirman los especialistas del crustáceo, sino a saludar al sol y para aplaudir la espléndida bajamar lograda con tan artístico esmero por las olas.

Observando el rebullir interno y la calma externa de la playa, sin el menor desaliento, proseguía la guardia en mi puesto eminente, desde las tres de la tarde hasta las siete; siempre tenía un libro entre las manos. Allí leí las mejores obras de mi pubertad, los mejores poemas; descubrí la literatura en aquel privilegiado punto del Planeta Tierra, esperando a las ballenas en mi atalaya del mar. Y no me sabe mal que se hicieran las deseaditas, las eternamente esperadas, porque a lo mejor no me habría dado la manía de llevar libros y esperar, atender, contemplar y leer, leerlo todo, hasta poetas dadaístas que difícilmente comprendía. Allí descubrí a Omar Keyyam, a Homero, Jenofonte y Juvenal, a Garcilaso, a San Juan de la Cruz, Jorge Manrique y Cervantes. Fueron tantas horas y tan densas, tan llenas de esperanza y de amor a la vida, que me aficioné a leer infatigablemente en la espera y todavía conservo ese placer entre los regocijos sumos que otorga la existencia.

3

HORIZONTE Y CATALEJO

Los impacientes invadieron poco a poco mi remanso de paz; aunque a la atalaya nadie se atrevía a subir por ser reducto íntimo que me pertenecía por derecho consuetudinario, abajo, la explanada que se prolonga hasta el borde del escarpe era zona franca donde se reunía la chiquillería y algún que otro adulto que no ha perdido aún la sensibilidad ni el regustillo de la sorpresa por causa de la tediosa rutina del salir adelante.

Empecé a sentirme acuciada por presentimientos muy intensos, por sospechas de que su aparición era inminente, de modo que aquel día, haciendo caso omiso de las consejas y afirmaciones de quienes aseguraban "esas no pasan ya por aquí; o seguro que han pasado de noche y te lo han chafado", me equipé de binoculares y entre línea y línea me los echaba a la cara oteando el inmóvil horizonte.

Los de abajo también se fueron pertrechando con prismáticos; un chico trajo un catalejo auténtico de los de pirata metido en un estuche de madera labrado como un joyel, pues su padre era marino, su abuelo era marino y lo fue incluso su bisabuelo; el catalejo de tan ilustres antepasados, ¡sabe Dios la de imágenes que llevaba escondidas en su panza hueca y plegable; la de aventuras, batallas navales, naufragios en islas del Caribe, la de piratas barbanegras, la de raptos de doncellas! El dichoso instrumento me llevó por un instante a lamentar cien veces no ser descendiente de navegantes gallegos como mi vecino; ¡maldita sea mi suerte! Luego se desvaneció el berrinche diciendo para mis fueros que tú tendrás ancestros marinos, pero yo tengo bisabuela toledana que fuera acaso morisca o ladina y bolillera de renombre; acaso fuese heredera de diseños de atauriques, sefcas y lacerías, que no es moco de pavo; todavía conserva mi madre encajes de fino hilo primorosos guardados como oro en paño. Nosotros descendemos por mi madre de progenie toledana y si no venimos de moro, seguro que venimos de marrano, que ahora no es menester enjalbegarse el apellido y blanquearse la grey como antaño; somos españoles y aquí todos sabemos que el que no tiene de morisco lo tiene de renegado. Como lo saben los cubanos y lo sabía Anita, cuando le preguntabas lo de sus antepasados y ella respondía con su linda cara, con su linda voz melosa y con sus lindos apellidos catalanes "que allí, mi hijita, el que no tiene de congo, tiene de carabalí". Esa rotunda afirmación se me ciñó al alma con nudos gruesos de los que cuesta desanudar; por eso nunca podré olvidarla aunque se haya marchado a Nueva York, a las

Bahamas o a Honolulú, pues ella seguirá sabiendo que donde esté, algo tendrá en su ser de negro congo o algo de negro carabalí.

Carreras y revuelos de gentío en la explanada me distraen de la lectura de Peer Gynt; con un respingo violento me echo los lentes a la cara quedándome en un ¡ay! por el airoso envite.

-Allí, alliiií!, rugen los audaces atropellándose unos a otros, queriendo todos encaramarse a la baranda del escarpe, montarse a horcajadas sobre el banco de azulejos o auparse a las palmeras. "¡Déjame sitio, hazte para adelante, dame los prismáticos!" y órdenes de los mayores a la gente menuda que lloriquea pidiendo aúpa Todos gritan, todos ríen.

-Allí, allí, tras los islotes! Todos los ojos se dirigen a ese punto difuso del horizonte movidos por un resorte invisible; los de la palmera, entre equilibrios, gritan endiabladamente ¡allí, allí!, proyectando en el aire el dedo índice; pero el tropel de los de la barandilla y el banco no les hacen maldito caso, preocupado cada quien en afianzar sus precarias posiciones.

Pronto se divisan en lontananza cuatro chorros; no, cinco; cinco lomos enormes; seis chorros y otros dos después; uno al poco desaparece; emergen otros y se oculta uno de nuevo. Podrían ser diez o doce o quizás veinte. Es un festín. Se me antoja que al saber que las estamos observando, que somos sus rendidos admiradores, se ponen presumidas y se zambullen con mil vueltas y revueltas, saltando a pesar de estar fatigadas, a pesar de haber pasado hambre con su dieta de manjares diminutos, trenzando corcovas y tirabuzones tan delicados y suaves que parecen delfines en vez de poderosas moles; tal es su gracia y donaire, tal su sincera alegría y agradecimiento a nuestra perseverancia y admiración, que prolongan el paseo retrocediendo sobre la línea del horizonte, para que dure el espectáculo, para que nuestros ojos atónitos jamás lo olviden, para que nuestros labios lo propaguen a los cuatro vientos durante generaciones, de padres a hijos, como las leyendas sin autor ni nombre, como magnifica aventura de la vida que es. !Ah, dichosos nosotros que fuimos elegidos para contemplar el magno acontecimiento! mientras algunos se mueren de tedio y espantoso aburrimiento en los cinco continentes. !Felices de nosotros que vimos la expedición! y pudimos oír la voz alegre de la ballena cantautora, aunque casi nada sepamos de lenguajes submarinos porque somos torpes seres superficiales.

Fue un breve lapso de tiempo, pero mereció la pena velar horas y días en la agradable compañía de los libros, mirando la playa y el sol ocultarse, para vivir esos instantes sublimes, totalizadores.

Ya nunca quedará desierta la atalaya del mar, pues desde el día en que pasaron las ballenas sigo yendo a leer en el silencio de las piedras negras o a contemplar cómo el tiempo modifica la textura de los árboles, cómo el polícromo croton que crece bajo el mirador muda sus colores según se ponga gozoso o triste, o cómo la enredadera que envuelve la base del jazmín que adorna el centro de la explanada, cierra sus hojas al tocarlas con la mano y por eso yo la llamo hiedra asustadiza; o cómo esa flor cuyo nombre olvido siempre recoge con recato su corola a la fresca de la tarde, para volver por la mañana a abrirla y saludar al sol en su apoteosis.

Mientras haya soles, haya ballenas, haya libros hermosos y haya flores nunca quedará baldía la atalaya marina; jamás, mientras exista la vida que nos inunda y nos bendice.

Mercedes Rodríguez García-Olías

(*) Es el nombre aborigen de la isla de Fernando Póo, donde me crie.

El mirador de la luna

Calle de la luna trece,
aquí quedarme yo quiero
para ver como amanece
el primer día de Enero.

Amanecido de blanco
desde un mirador lo veo,
sobre el pantano del Tranco
mientras escucho el gorjeo

de un ruiseñor vespertino
que está ensayando una nana
sobre la copa de un pino
esta escarchada mañana.

Preludio de una canción
compuesta en plena natura,
que cantara con pasión
donde nace el río Segura.

En el pueblo de Pontones
contemplando el yacimiento,
como emerge a borbotones
y el suave deslizamiento

de toda el agua que baja
serpenteando por el río,
brillando como una alhaja
mientras oigo el pío, pío

de este ruiseñor humano
que no cesa ni un momento
de cantarle al pueblo llano
cargado de sentimiento.

Porque hay ruiseñores vivos
que a la canción van resueltos
ordeñando los olivos
y en la poda de los huertos.

Quería verlo de cerca
y lo vi al rayar el día,
tarareando en una alberca
una bella melodía.

A este pajarillo hermoso
que siento de madrugada,
con su trino melodioso
entonar una balada,

cuando se pone a cantar
en los cardos de un rastrojo,
se callan para escuchar
la perdiz y el petirrojo.

Viene de grises naciones
con una mochila llena
de poemas y canciones
y en su pico una azucena.

La trae para agradecernos
lo bien que aquí se lo pasa,
sin penar largos inviernos
lejos de su pobre casa.

Pasa por los Pirineos
volando sin pasaporte,
con sus bellos tarareos
de un frío lugar del norte

hasta llegar a estas tierras
andaluzas de olivares,
cruzando valles y sierras
lagos, ríos y anchos mares.

Estas bellas aves son
quienes a mi verso alumbran,
me aclaran la inspiración
lo engrandecen y lo encumbran.

El mirador de la luna
está en Hornos del Segura,
observando la aceituna
verde, morada y madura.

El mirador de la luna
engrandece mi escritura.

Trinitario Rodríguez

Pequeños poemas III

Son ideas, intuiciones, sensaciones…

Los marineros guardan
el mar en los bolsillos.

Le pregunto a las sombras
lo que la luz no dice.

El misterio más grande
es la culpa del hombre.

Hay un tiempo profundo
que ningún reloj cuenta.

Habita en el silencio
para huir de los gritos.

Si coleccionas sombras
se apagará tu cuerpo.

No te olvides el ser
el reloj de tu vida.

Dios es tan sólo el miedo
que no soporta el hombre.

Alguien estuvo aquí
cuando aquí no había nada.

Nunca olvides el niño
que estuvo en tu esqueleto.

Siempre es una mujer
la tierra en la que naces.

Acuérdate al morir
de volver al camino
por el que ayer viniste.

Siempre tienes la noche,
pero la noche es sólo
un reposo, un silencio.

Todo hombre construye
la casa que es su vida
con materias gastadas.

Se te ha dado un silencio
interior: el que importa.
El silencio de fuera
está sucio o gastado.

Un poco de ternura
hace falta. Si sobra
no se puede cambiar
por monedas o lágrimas.

El miedo es una ausencia
de lo que no se sabe.

La nostalgia es el tiempo
que no termina nunca.

El ser humano hace
Dioses y los destruye.

La tierra se alimenta
de los cuerpos que duerme.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Atardecer en el bulevar

Se ve el largo bulevar
de columnas adornado
entre guirnaldas de flores
y árboles entrelazados.

Los pajarillos preparan
sus nidos para dormir,
y en su fuerte algarabía
nos anuncian que otro día
está empezando a partir.

El escondido horizonte
de llamas anaranjadas
se disipa entre las sombras
mientras van tornando formas
hasta quedar apañadas.

Se hace de pronto el silencio
por el largo bulevar,
y las primeras estrellas
nos invitan a soñar.

De unas farolas lejanas,
llega un tenue parpadeo,
y de un indescriptible azul
oscuro, se viste el cielo.

Después la noche cerrada
con su poder nos obliga
y nos acoge en sus brazos
como la mejor amiga.

Volvemos dice, tú y yo
somos pura fantasía,
ya pensaremos mañana.
Mañana será otro día.

Manoli Dafauce

MI MAESTRA Y LAS CRUCES DE MAYO

Desde que llegó aquella mañana me gustó mi nueva maestra. La anterior, la señorita Lolita, dejó la enseñanza para ingresar en un convento porque quería ser monja. Doña Teresita era muy bajita –ahora pienso que quizás sufría alguna forma de enanismo-, pero su cara era preciosa, parecía una muñeca de porcelana. Iba siempre perfectamente peinada y vestida, calzaba zapatos de tacón alto y se perfumaba a diario. Para mí el olor era muy importante. Había pocas niñas a las que les pusieran colonia al peinarlas, aunque fuera mezclada con agua, algunas hasta olían a ZZ: Estábamos en posguerra.

Los jueves por la tarde tocaba costura; la que no llevaba ninguna labor para hacer, leía; así fue cómo escuché por primera vez El Quijote. Doña Teresita me enseñó a leer y sobre todo a escuchar, pues cada cuatro semanas nos contaba una nueva historia maravillosa. Pienso que en aquellos días nació mi afición a la lectura y la escritura. Una vez le dije que había ido a ver las cruces de mayo y lo bonitas que eran. Entonces me pidió que escribiera una historia sobre ellas. El otro día, buscando unos documentos me encontré con aquel antiguo trabajo que tenía ya olvidado; me pareció que estaba bastante bien, teniendo en cuenta la edad de la autora, y me pasé toda la tarde recordando a mi antigua maestra y mi viejo colegio. Luego, siguiendo un impulso, me propuse rehacerlo y aquí está. Espero que os guste.

LAS CRUCES DE MAYO

Había una vez un matrimonio de buhoneros que iban de un pueblo a otro vendiendo sus mercancías. Hiciera frío o calor llevaban consigo a sus tres hijos, porque eran muy pequeños y no tenían con quien dejarlos. Un frío día de abril, la menor, una niña de apenas un año, se puso repentinamente enferma, con mucha fiebre, mucha tos y convulsiones. La familia estaba lejos de su aldea así que apresuraron el paso para llegar cuanto antes al pueblo próximo y buscar un médico que atendiera a la criatura, pero fatalmente la niña murió antes de conseguirlo.

Los apesadumbrados padres no sabían si continuar su camino llevando con ellos el cadáver de la pequeña, o dejarlo en algún lugar seguro hasta su vuelta, pues temían que los clientes por miedo a un posible contagio, rechazaran sus mercancías. En aquella ocasión, además de los artículos que normalmente transportaban, llevaban mucha harina, azúcar y manteca, para la bollería que se acostumbra hacer en semana santa, productos que si no se vendían se estropearían y, por tanto, no podrían atender a las necesidades de la familia ni pagar a sus proveedores. Estaban en estas cavilaciones cuando vieron una cruz de las que solía haber en los caminos y pensaron enterrar allí a la pequeña y recoger el cuerpecito al volver hacia su casa. Entre lágrimas y sollozos vaciaron la caja de madera de las puntillas; la apenada madre extendió en su fondo una preciosa toalla de lino que ella misma había bordado y por la que esperaba sacar un buen dinero, y dobló uno de sus extremos a modo de almohada, para que allí reposara la cabecita de su hija al acostarla. Cuando el padre terminó de cavar un hueco al pie de la cruz, dieron un último beso a la niña, taparon la caja y la depositaron en aquella cavidad; después, la cubrieron con tierra que apelmazaron bien para que ningún animal pudiera descubrirla, se arrodillaron los cuatro y rezaron sus oraciones entre suspiros y sollozos.

Continuaron su camino de pueblo en pueblo sin dejar de pensar en su niña. Jamás se les había hecho tan largo aquel recorrido habitual, pero, por fin, acabada la tarea, volvieron a recoger el cuerpo de su pequeña. Al llegar, la cruz estaba cuajada de perfumadas rosas blancas y era tanta su belleza que comprendieron que en ningún lugar iba a estar su hija mejor que allí. Tras rezar una oración, la madre cogió un esqueje del rosal y al regresar lo plantó al pie de la cruz que había en la plaza de su pueblo. Era el día 4 de mayo. Al año siguiente, en ese mismo día, el rosal floreció engalanando la cruz de la plaza con sus maravillosas rosas blancas.

Así fue cómo se fue extendiendo la costumbre de adornar las cruces.

Araceli Cuesta

Dos elegías inseparables

A mi padre,
que falleció en mi ausencia.

Hoy retomo el camino del pasado,
por un sendero bajo los pinos viejos.
Eran tardes enteras de pantalones cortos
y las piernas tostadas por aquel duro sol.
No era denso el boscaje.
Las terrazas de almendros daban verdes sus frutos
y la resina y leche impregnaban tus dedos,
que todo lo ignoraban de este mundo tan triste.

Abajo en el pinar el padre duerme.
Mientras por la ladera trepas,
el padre se hace chiquito,
pequeño su bastón,
diminuto el catalejo, lleno fantasías.
Ciega la cumbre borra
la estampa más querida de tu padre;
pero divisas mar eternamente azul
y el viento de lebeche juega con tu figura,
casi hambriento de ti.
A tu izquierda, calladas soledades
de los muertos, marmórea o encalada.
Pero tú bebes mar, gozas la sal azul
y las islas se vienen a tus manos.

De nuevo el viento sopla.
Cuando bajas, bajo robustos pinos,
que son hachones verdes,
el padre ha muerto.

A mi madre,
que falleció en mi ausencia.

En una larga noche de trailers y camiones,
vas buscando a tu madre.
En la infinita noche irrepetible
ya tu madre ha partido en busca de su Dios.

Y no podrás encontrarla,
y no podrás besar su mano tierna,
y no podrás mirar sus ojos dulces,
y no podrás llevarla de la mano,
como cuando era niña,
cuando juntos cuidabais las macetas ,
cuando juntos bajabais al mar.

Que ya han sonado las once,
que ya se oyó la última campanada,
que ya pasó el último segundo,
perro negro y hambriento
que ha despertado al mar,
un vendaval helado que le hiela la sangre
y se lleva sus voces del verano tan dulce.

Negra mesa de firmas. Mesa negra sin flores.
Escalera callada, silenciosa, tan triste.
Y en un lecho vacío, sin juguetes de reyes,
sola tu madre entera.

Juan Vicedo

LAS HERMANAS

Me pregunta usted por lo ocurrido últimamente. Ya recordará que le estuve hablando de mi hermana Elisa; de sus miedos, sus dudas, sus presentimientos. Estuvo oyendo un silbido durante largo tiempo y me lo describió. Ignoraba si era una señal, un aviso, no sabía si alguien -¿quién?- llamaba su atención.

No pude dormir aquella noche. Conservaba el vago presentimiento de una desgracia inminente. Mi hermana y yo, como recordará usted, éramos gemelas, y ya sabe lo sutiles que son los lazos que unen a dos almas estrechamente emparentadas. Fue una noche espantosa. El viento aullaba fuera. Y la lluvia repiqueteaba con furia contra las ventanas. De repente, en medio del estruendo de la tormenta, se oyó claramente el alarido de una mujer presa del pánico. Reconocí la voz de mi hermana, salté de la cama, me envolví en un chal y salí corriendo al pasillo. Mientras abría la puerta de mi cuarto me pareció oír un suave silbido, como el descrito por mi hermana, y unos instantes después un ruido como el de un objeto metálico al caer. Cuando corría por el pasillo, la puerta de mi hermana empezó a girar sobre sus goznes. Me quedé mirándola paralizada por el miedo, temiendo lo que pudiera salir de allí. No había nadie en la puerta cuando se abrió, pero sí oí el golpe de un candelabro al caer y también escuché el silbido.

Siempre era un candelabro el objeto que caía ante de escucharse el silbido, pero no siempre era la misma noche ni siempre era la misma pesadilla.

La primera vez vimos el Espejo. Mi hermana Elisa vestía de azul. Yo de blanco.

"Mírate al espejo Isabel –me pedía Elisa-. Y yo me miraba en el espejo, y la cara reflejada era la mía, pero el vestido era azul. Y al revés; si se miraba Elisa el vestido era blanco. Me puso nerviosa, histérica, rompí el Espejo.

Porque mi hermana no está en la casa, nunca lo estuvo, y en el sueño o en la vigilia o el insomnio voy por los pasillos buscándola. Mi hermana hace años que ha muerto, y lo sé, pero no acepto, rechazo su muerte. O tal vez mi hermana no existe, no ha existido nunca, y yo soy Elisa, y soy Isabel, y todas las noches recorro el pasillo y el sueño de la muerte, pasillo por el que persigo a mi hermana, y mato con mis manos a mi hermana que acaso sea sólo una imagen de mi locura.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

No es ciertamente nada extraordinario

Morir no es un suceso extraordinario,
se muere sin quererlo, a cualquier hora.
Siempre dispuesta está la más traidora
guadaña compañera del sudario.
En el más repetido calendario
estamos en la línea turbadora
donde se acaba la brillante aurora
que de luces llenó nuestro escenario.

No es el temor a nuestra contingencia
lo que ha de golpear nuestros instantes,
por más que sea indudable la evidencia
con la que surgen sin cesar constantes
tránsitos que transmiten la violencia
de finales tan ciertos e incesantes.

Manuel Parra Pozuelo

El hueco de tu vientre

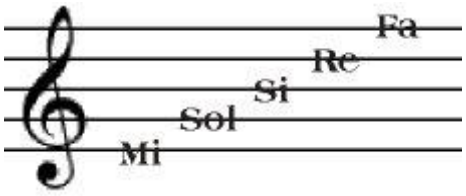
Tu vientre tiene un hueco
para que yo apoye la cabeza
y pueda leer más cómoda.

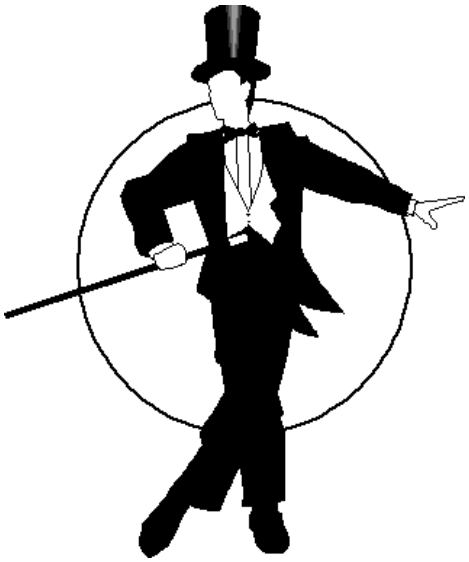
Y el eco de tu vientre
se atenúa
para que yo le añada las cuerdas
y pueda tocar en tu cuerpo la guitarra.

Y entre el plato
de una tacita de café
yo aprendí a bailar claqué.

Y entre el plato
de una tacita de té
yo aprendí a nadar bien.

Inma Méndez/Alféizar





En tu silencio

Es tu silencio, compañero,
el que se refugia en tu cueva,
aletea en los pasillos
y da paso al pensamiento.

Altivo como la duda
que nace dentro
en el olvido puedo ver
el sentido de tus pasos otra vez.

Estoy en el quejido de tu alma
prisionera me tiene,
engalanada de noche
dueña de un mundo llano.

Te vi por vez primera,
me causaste la emoción que yo soñaba,
ahora rondas mi caminar
junto al olvido de tenerte.

Mina Pardo

CRONICA DE UNA ESPAÑOLITA… EN LA SELVA DE YUCATÁN (1)

Parece increíble que mis conversaciones diarias puedan oscilar entre una entretenida conversación de caca culo pedo pis con Marina, escuchar entre los herederos mayas de la zona consejos para quitar los orzuelos con el simple contacto ocular con un cachorrito de perro si eres mujer y de perra si es un hombre el que sufre de orzuelos y seguidamente, durante la comida, conversar con Marina y mi jefa sobre el último premio Nobel de Física y de las posibles aplicaciones de la óptica cuántica.

Recuerdo una historia que me dejó perpleja el martes pasado. Damián, un señor muy afable que me enseña lengua maya cada día, contaba a su sobrino y al resto de trabajadores la inquietante historia que os voy a relatar de forma resumida. "¿Escuchasteis lo que le pasó a una joven el otro día? ¿la que quemó una Biblia? ¡Se convirtió en una serpiente por lo que hizo!" "¿Cómo crees?" dijeron Pascuala y Clemente escuchando atónitos el castigo que Dios le había propiciado a la joven infiel. "Eso fue el maligno" respondió Damián muy convencido, "Dios no castiga así; no, no pudo ser otro que el maligno". Mientras atendía a la historia sólo pude aportar lo siguiente: "Hay que tener más cuidado con los vivos que con el maligno, pues somos capaces de hacer cosas peores que convertir a una muchacha en una serpiente." El querido público de Damián rió a carcajada limpia y me dio la razón. Intenté persuadirles para que dejaran de hablar de "El Maligno" y la historia fuera creciendo hasta que alguno aportara alguna joyita como…. "Sí, yo he visto con mis propios ojos a El Maligno actuar… "Y POR AHÍ NO PASO, ESO SI QUE NO.

Bueno, quizá esta historia suene graciosa, pero hace un par de días, en el poblado de Francisco Villa, a 30 minutos del yacimiento, se escribió una crónica muy escabrosa y ésta es muy, pero que muy cierta.

El delegado (alcalde) de Francisco Villa fue el artífice de un asesinato. El de su cuñada. Decidido a recuperar a su esposa que le había abandonado junto con sus hijos por ser un alcohólico y un hombre de poco provecho, el susodicho se presentó en casa de su cuñada y la joven de 28 años salió a decirle que se marchara… y pum pum, varios disparos acabaron con su vida. El tipo después remató la jugada tomando insecticida, aunque los más cercanos dicen que le pagaron con la misma moneda y el insecticida fue para despistar. Mmm me hace pensar que estoy en una película, porque… ¡menudas historias!

Tranquilos, tengo seguridad al cien por cien. Un mexicanito medio dormido con una escopeta y dos perros… uno de ellos sin mandíbula y con un tic constante que le hace abrir y cerrar la boca (sin mandíbula) continuamente. Y no os preocupéis… no tenemos ningún enemigo por acá… jajajaja…

Sin duda lo más curioso es lo que ayer le conté a Marina al llegar bien tarde al campamento de casa del doctor del pueblo. La familia nos invitó a cenar y nosotras llevamos el postre como agradecimiento a mi visita días atrás y a los medicamentos que me dio de forma gratuita. Le dije, Marina, he cenado comida china en Morocoy, un pueblo de tres calles sin asfaltar que tiene dos restaurantes chinos y que por euro y medio te comes un platazo riquísimo que te es imposible terminar.

Ariadna Robles

Los relojes

He conocido ya que los relojes
están enfermos porque el tiempo pasa,
y los macula de vejez y hastío
y de ceniza que los mancha.

He conocido ya que los relojes
son tardes que se acaban,
noches lluviosas en cualquier esquina,
golpes de viento y de hielo y de agua.

Hay relojes de sol sobre la piedra
marcando horas desafortunadas.
Hay ausencias de tiempos y caminos
hay una soledad sin esperanza.

Tiempo yo quiero, sueño de los días,
compañía de risas y mañanas.
Tiempo que tuve y que me he gastado:
el de mi juventud o el de mi infancia.

Francisco Alonso Ruiz

EL FUSILAMIENTO

(Reflexión sobre el comienzo de "Cien años de soledad" de García Márquez)

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, recordé el día que abandoné mi casa para dirigirme al aeródromo. Mi madre, con los ojos anegados, rogaba, una vez más, que me quedase, que ya se arreglarían las broncas con mi padrastro, que no me fuese a la legión. Pero yo con el corazón lleno de odio desprendí sus brazos y le dije que no volvería. Tenía entonces diecisiete años. Mientras recordaba esta escena algo se movió en la fila de soldados que me encañonaban. Cerré los ojos. Los árboles de la selva susurraban lamentos. Un pájaro hacía oír su estridente grito en la espesura. Enrolado en las fuerzas especiales había llegado hasta allí. Hasta aquella situación delante de un puñado de guerrilleros que dominaban la zona. Una lágrima resbaló por mi mejilla en tanto esperaba el impacto brutal de las balas sobre mi cuerpo. Todo en mi pensamiento se congeló. Pero entonces desde las nubes se desprendió un copioso aguacero que hizo oscilar el punto de mira de las armas cuando atronaron en el barranco. Caí de lado y el agua del riachuelo improvisado me arrastró ladera abajo. Cesó la tensión en mi ser y me desmayé.

Airam Lebasi

Gris está el mar

enturbiadas sus aguas
huyó el verano.

Lloviendo está
cortina de cristales
trémulo llanto.

Bajo las ramas
huyendo de la lluvia
los gorriones.

Cae la lluvia
pequeños arroyuelos
lavan la calle.

Ha escampado
el perro dando saltos
y la alegría.

Juegan los niños
saltando por los charcos
zapatos nuevos.

Un pentagrama
en los hilos eléctricos
las golondrinas.

Árbol erguido
centinela del cielo
saeta verde.

Solloza el viento
y tiemblan los árboles
con su lamento.

Se ha alejado
al cerrar las ventanas
la carretera.

María Rosario Mohinelo

HOMENAJE A JOSEP AZORÍN

El artista dibujando en su estudio

Josep Azorín ha inspirado con la fuerza expresiva de sus poemas-dibujos, la sensibilidad de los poetas aucanos que le rinden este homenaje culminado con la valiosa y docta mirada de D. Román de la Calle, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

En las siguientes páginas se glosan con bellas palabras algunos rasgos de la obra plástica de este genial artista alicantino.

Soneto

Manos que han sido con ardor tensadas,
puntales de dos cuerpos donde habitan
dos seres que en su esfuerzo nos suscitan
creciente admiración de las miradas.

En ellas se contemplan, enfrentadas,
dos voluntades que sin cesar gritan,
y con sus ansias vivas solicitan
victorias merecidas y esforzadas.

El competir así nos hace humanos:
con palabras y manos nos forjamos
desde tiempos oscuros y lejanos,
mas en el dibujo de Azorín hallamos
los trazos que no han sido nunca vanos
sino las sendas donde transitamos.

Manuel Parra Pozuelo

MANOS DE SAN JUAN, MISTERI D'ELX

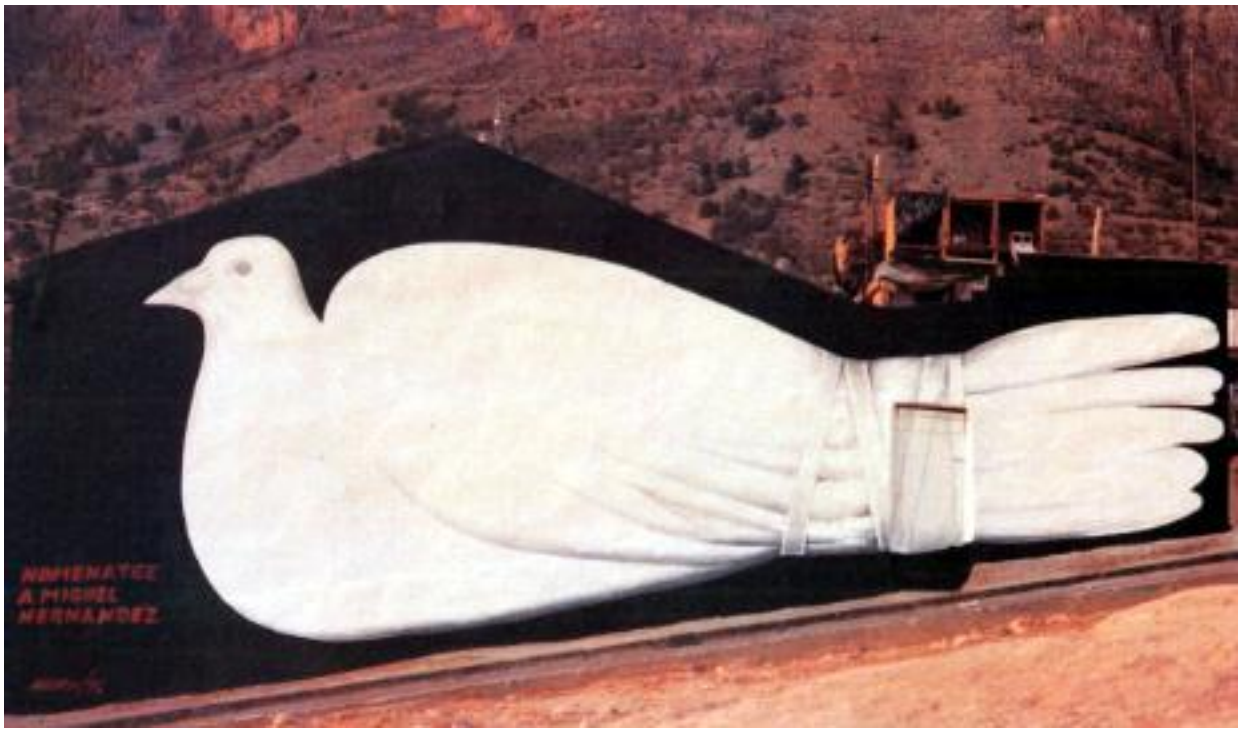
LA PALOMA

Era tan ancho y claro y alto el vuelo de la paloma. Era tan pequeño todo el cielo para que los surcaran sus alas…

¡Qué inmensidad, qué rotundidad, qué júbilo el de la paloma en un universo blanquiazul de anhelos de libertad.

Un día fatídico las autoridades pensaron que la actitud de la paloma al llegar tan lejos contradecía las leyes de la dictadura… No debía ser la paloma más libre y solitaria y única que los ciudadanos. Y aquí vemos a la paloma atada, inmovilizada, sin aire y sin nube para su vuelo, como nos la ha pintado Díaz Azorín.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

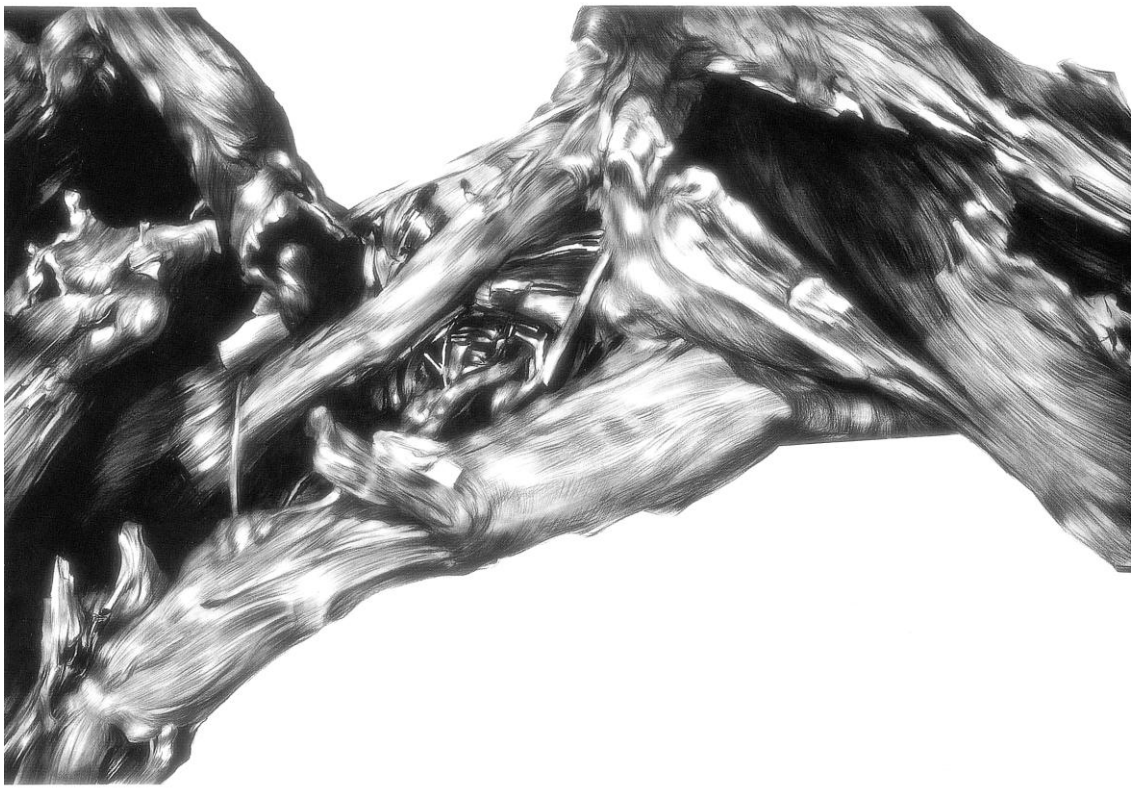


LA PALOMA ATADA. Mural de 5 x 12 mts. Orihuela, 1976.

La cepa

Nudos retorcidos
aprisionados en las entrañas,
las neuronas enloquecen atrapadas,
la savia deja de fluir;
el melolonta sigue vivo,
la vitalidad decrece.
Hilo a hilo llega la vida
a los racimos amustiados.
Está tan dentro el mal
que el fosfato no remedia la pérdida.
Se extiende la podredumbre en los parrales,
entra en la maraña de los sarmientos,
en la maraña de sus venas carcomidas,
en la aridez de su soledad.
El hombre camina aprisionado bajo el peso
de la culpa,
su cuerpo se inclina hacia la tierra;
las raíces se enroscan como alambres
de un campo de exterminio.
El hombre no camina,
el hombre muere.

Airam Lebasi



COS D'ARREL IX. 120 x 160 cms.

Las manos mensajeras de Josep Azorín

Las manos, su código o lenguaje,
-presagio, realidad o sueño-
expresan el mundo poético
por donde el artista transita.

Estas manos rugosas,
que hoy nos ofrece,
trabajadoras manos
heridas por el tiempo,
abrazan con recia ternura
el regazo de una vieja guitarra enmudecida,
intentando insuflarle calor y energía
para que despierte de su letargo
y así recuperar su música o su llanto.

María Rosario Mohinelo

ABRAZO A LA GUITARRA.

Abrazo de bronce

Maridaje
de metales enamorados.
Ella, la Ciprea espumosa
del mar nació divina;
el cobre la engendra, la alienta,
la amamanta
con rubra electricidad.

Él, Ares, belicoso amante
divino, argénteo
guerrero de amor
herido en sus brazos
la cierne, la envuelve
ciñe su cintura perlada.

Abrazo de metales.
sustancias primigenias
para siempre unidas
en ese abrazo firme
de pureza impecable.

Fusión de metales.
En el amor del fuego
estaño él y ella cobre
embriagados se abrazan;
ambos rostros fundidos
uno penetrando al otro.
Los divinos pechos
ya son uno, un todo
que el aire ha transfigurado
en oxidaciones azules.

Pepe Azorín de la eternidad los trae
divinos y enamorados
cincelados en bronce
a esta época convulsa
del siglo XXI.

Mercedes R. García-Olías

LA ABRAÇADA. Escultura en bronce. Parque municipal de Elx.

Recolectar la madrugada

cosechar azules imposibles.
Revienta la noche una vez más
herida por la luz
su vientre antes oscuro e impenetrable
se diluye en las manos añiles de la aurora
siempre es así.
Nacer una vez más, un día más
salir del útero nocturno
del abrazo íntimo de las profundidades
donde todo se iguala
en el abismo del negro.
Germina la luz incontenible
aletea en la cúpula del viento
se afianza mordiendo el horizonte
y arañadas ya las sombras
reaparece el muro
el árbol que cantaba anoche
mecido por brisa
y ahora desnudo
se maquilla de verde.

Recolectar la madrugada
cosechar el instante
de un nuevo nacimiento
en el que nada es igual.
Mas tú, cultivador de luces
nos dejaste en el cuadro la cosecha
el misterio que oculta el nacimiento
la muerte de la sombra
el hálito del viento
y lo dejaste allí
tendido sobre un lienzo
despojado de tiempo.
¡Gracias por mirar y contenerlo
por salir de las sábanas calientes
a cosechar la luz, la sombra, el nacimiento!

Julia Díaz Climent

PAISAJE realizado en 1957.

JAMÁS EL NEGRO DEJARÁ DE SER UN COLOR

Le tableau ne sera pas regardé passivement mais bien revécu dans son élaboration, refait par la pensée.
Dubuffet.

He de confesar que no pienso en el espectador mientras estoy realizando mi obra. Más bien, el único espectador, que actúa abiertamente, en ese proceso intenso y crucial de la conformación plástica, soy yo mismo.
José Díaz Azorín.

Diríase que Azorín pone en marcha, mediante las estrategias hasta aquí señaladas por nosotros, una amplia escenografía para mostrar la expresividad vitalista de sus dibujos, donde raíces y troncos, manos pueden dialogar entre sí, abriendo camino a las metáforas y a los símbolos, a las metonimias y a las sugerencias comparativas entre la naturaleza y lo humano, entre la elocuencia referencial de las figuras y el potencial abstractivo de determinadas formas, enzarzadas y reconvertidas en escuetos valores plásticos.

Es, al fin y al cabo, esa interna sintaxis compositiva la que dialoga con las formas orgánicas, con la geometría delimitante y con las descontextualizaciones planteadas. Tal es el conjunto de las estrategias lingüísticas, propiciadas por Pepe Azorín en la gestación de sus dibujos, que tan a menudo parecen bocetos de posibles esculturas monumentales.

Ahora quizás entendemos mejor el porqué de estas asociaciones plásticas que a menudo se establecen entre las disciplinas artísticas. E incluso es factible explicarnos, algo más fácilmente, el secreto apuntamiento escultórico de su dibujos o la mutua proximidad de sus grabados y dibujos, en medio de esos próximos o comunes procedimientos empleados, de manera elocuente, en sus diversas dedicaciones artísticas.

Desde la no menos compleja dimensión semántica, dando un paso más, nos enfrentamos igualmente, ante sus obras, con la temática de la comunicación estética visual de los sentimientos. Pero no olvidemos, ante todo, frente a los dibujos de Azorín, con su fuerza expresiva y su minuciosidad de ejecución, que suponen la definitiva toma de conciencia, por parte de su autor, de la relevancia -nunca perdida realmente- del medio gráfico como instrumento de investigación y de creatividad.

Así lo ha sido, de hecho, durante siglos, en la historia del arte. No en vano, los numerosos catálogos de dibujos han permitido diacrónicamente y siguen permitiendo el desarrollo de profundos análisis estéticos y filológicos, hasta el punto de constituir un insustituible elemento de estudio en la reconstrucción tanto de las personalidades artísticas como de las distintas escuelas históricas.

¿Son los dibujos de Pepe Azorín minuciosos análisis de fenómenos naturales, pergeñados entre la atracción científica, propia de las láminas de botánica, y las fascinantes proyecciones de la fantasía? Los trazos de sus composiciones, realizados con la barra seca, en esta serie de homenajes a la fuerza y versatilidad del color negro, arropan muy a menudo valores propiamente pictóricos en el difuminado o en el claroscuro, en la minuciosidad del referente y en la emergencia estructural de las formas. Se trata, al fin y al cabo, como podemos constatar, de un corpus gráfico de extraordinaria unidad estilística, a pesar de atravesar, la dilatada trayectoria que ahora se expone, un periodo de extensa producción: tres lustros de trabajo intenso y continuado, nos es ofrecido en el MUA.

Pero asimismo, como ya se ha apuntado, profundamente influido Pepe Azorín por el ángulo visual del escultor introyectado, se plantea una especie de evidente dualidad entre el vigor propio del medio gráfico, en su bidimensionalidad, y la irrupción del presagio decidido que apunta el fantasma de los valores plásticos y volumétricos, *in fieri*. Y de ahí parten precisamente las estrategias de los dibujos de escultor, con sus potentes trazos, que tienen/anuncian la solidez de los volúmenes de bulto redondo.

A veces he pensado -en medio de este juego de interrelaciones y comentarios, que me sugieren los dibujos de Azorín- que la irrupción delimitadora de la geometría, a la que ya nos hemos referido anteriormente, en relación a la fragmentación escenográfica de las formas orgánicas que cultiva, tiene mucho que ver con la justificación de un uso bien singular del "non finito" en la representación global. Necesita espacios vacíos, ámbitos en blanco, contrapuntos de pura geometría, para que -cada parte, por el todo, metonímicamente- respiren sus dibujos.

Me explico. Los dibujos de Azorín, en su intensificada minuciosidad, están perfectamente finalizados, pero siempre se mantienen acotados en los márgenes genuinos de esa fragmentación sistemática, que los límites del cuadro y la propia geometría imponen a la composición resultante. Se trata, al fin y al cabo, de una unidad fragmentada, cuya totalidad ideal -como suma total de sus obras- sigue siendo simplemente potencial, a la vez que su indeterminación denotativa se refuerza incluso con la buscada monumentalidad y cuya ambigüedad formal a veces se refugia precisamente en esas estrategias de lo "inacabado", tan significativas a lo largo de la historia del arte.

No obstante, son utilizados aquí, tales procedimientos, en un sentido bien diferente, en las concretas invenciones gráficas que nos ocupan, para dar sustentación a obras escuetamente bidimensionales o, en otro aspecto, para preanunciar, sin disimulo, obras de escultura. Obras que quizás nunca serán efectivamente realizadas, pero que avanzan posibles proyectos y se destinan, como dibujos que sueñan con la tridimensionalidad, a presentar los resultados efectivos de un atormentado universo de volúmenes, incompleto, fragmentado, sugerente y, sin embargo, de fuerte y honda expresividad, se mire por donde se mire, como es el mundo plástico de Díaz Azorín.

Vale asimismo explicativamente la metáfora del foco concentrado de la linterna, comparado con la focalización de la mirada. Pues bien, diríase que esa efectiva diferenciación entre la visión centralizada y la visión periférica, rige operativamente en el directo proceso de elaboración de los dibujos de Azorín.

Cuando se concentra la labor de encaje, minuciosa y particularizada, cobra vida y fuerza la expresividad volumétrica de las formas. El *ductu*s fluido de la expresión lineal -de su caligrafía- se combina, en el dibujo, con el refuerzo del claroscuro y del difuminado. Es entonces cuando constatamos que las venas de hinchan y está a punto de reventar, en la intensidad orográfica de las manos o cuando las viejas nervaduras de las raíces secas brillan por la caricia de las luces, destacando su historia, sus recovecos y su despliegue háptico. Casi nos invitan a tocarlas.

El resto del trabajo se mantiene quizás estratégicamente al socaire de la visión periférica. No entra entonces en detalles, sólo se apunta su presencia, en un voluntario desenfoque referencial. Pero el foco de la linterna visual pasa ya por otros lugares. Y el *ductus* -ese trazo personal que gobierna característicamente el dibujo a base de la inflexión lineal- se hace menos incisivo, encarnándose más en la estructura indicativa que en la riqueza de los detalles, más en el trazo fluido y rápido que en la parsimonia del modelado minucioso, que otras veces le monopoliza.

Tampoco hay que olvidar que sus dibujos no descuidan traducir en signos gráficos la atención prestada al comportamiento de las luces. Sobre todo así lo hace en esas visiones centralizadas, con el respaldo del claroscuro, la brillantez de las formas pulidas por la mirada y los diálogos entre el blanco y el negro, como gamas determinantes. Porque el blanco no es sólo ausencia de dibujo. Es además un color contextualizador, un delimitador de las formas, desde el fondo. Si al hojear un libro, las páginas en blanco, los espacios vacíos son fundamentales en la tarea del diseñador del volumen ¿por qué no plantearse la misma cuestión en relación al dibujo? Al fin y al cabo "diseñar" / "dibujar" son dos palabras que comparten la misma raíz y la misma historia. La naturaleza genera sus formas, el artista concibe sus propuestas, el diseñador plantea el juego de formas y funciones, pensando en la vida cotidiana.

No es, pues, de extrañar que -intenso observador de la realidad- las preferencias de Azorín se hayan centrado en una galería de motivos casi siempre relacionados con determinadas formas de la naturaleza. *Ars additus naturae*. ¿A quién no le han sorprendido alguna vez las estructuras inagotables que presentan, por ejemplo, los troncos y las raíces de los olivos? ¿Acaso no son las manos asimismo uno de los máximos polos de atracción biográfica, coleccionando en sus superficies, a modo de trayectoria personal, las huellas más penetrantes de su existencia?

El auténtico salto relacional se produce precisamente cuando manos y raíces se asocian, de forma sorprendente, en la mirada constructiva que atesoran los dibujos de Pepe Azorín. Y, de ese modo, la dimensión semántica de sus propuestas gráficas se amplía y multiplica, al entrar en estrecha interrelación significativa lo humano y la naturaleza. Pero siempre se lleva a cabo este encuentro de dimensiones múltiples, potenciando enlaces y sugerencias de intensa narratividad, donde la vida y la muerte, los motivos simbólicos y la dependencia de la realidad se aúnan a golpe de imaginación y de fantasía.

De hecho, Díaz Azorín no deja de asumir e incorporar experiencias visuales que puedan orientar el desarrollo de los dibujos hacia expresiones dinámicas, interpretando el trazo violento y brusco, junto a la modulación delicada, porque delicadeza y radicalidad son esencialmente dos notas que viajan juntas en la gestualidad de sus manos y en la vivacidad de su mirada.

No en vano el *medium* típico de su consagración al dibujo, de manera primitiva y directa, sigue siendo -como ya hemos apuntado- la barra seca, elaborada por él mismo, según distintas durezas, conseguidas precisamente de acuerdo con la cantidad y la proporción del aglutinante aportado en la mezcla del pigmento de base. De ahí, pues, los encuentros sorprendentes entre las gamas comprendidas entre el blanco y el negro. Los blancos de los fondos, vacíos en su apertura y disponibilidad, que luego irán también penetrando paulatinamente en los repliegues de la estructura compositiva. Y el negro de la barra seca deslizándose, acuchillando, acariciando, serpenteando o matizando las texturas directas del papel-cartón, de amplias dimensiones y profundas huellas, que roban a la barra seca su materialidad y dan cobijo, en su propia epidermis, a los restos elocuentes de sus inconfundibles trazos.

En esa tarea constructiva, que conlleva el dibujo, he de reconocer que puede tanto la vertiente comunicativa, que da pábulo a una visualidad impactante, a la que se invita al espectador, como también es de destacar la función de estudio, de experiencia estética y de ensayo permanente, que implica la entrega sistemática de Azorín a las exigencias de la investigación a través del dibujo.

¿No parece, a menudo, que es el concreto estudio de las fuerzas dinámicas de la representación gráfica lo que le obsesiona? ¿A qué vienen sino esas velocidades vertiginosas en el trazo seco y desgarrado, de absoluta precisión y gran sugestión realista, junto a formas serpentinas sutilmente difuminadas o jirones sobrevenidos -madejas de líneas, saturadas de impulsos y de elasticidad- que hacen evidente la potencialidad inventiva en sus hallazgos y expresividades?

¿No se ha hablado asimismo de la poesía y de la musicalidad que encierran sus dibujos, cuando se saben ver y analizar? Tenía razón Dubuffet en la cita que, a manera de *motto* inicial, abre nuestro ensayo. Tampoco los dibujos de Pepe Azorín pueden ser contemplados, sin más, pasivamente. Deben, por el contrario, ser revividos en su reelaboración parsimoniosa y reconstruidos, además de por la percepción, por las estrategias del pensamiento.

Se mueve así Azorín entre los imperativos de la realidad, la búsqueda de los recursos expresivos y la sorprendente y secreta ensoñación surreal. ¿Hay algo más inesperado que la transformación de los troncos de árbol en manos o que el tratamiento de los dedos a base de sugerentes enraizamientos, dispuestos a enfatizar la fuerza de las convicciones o la potencia de la voluntad humana? Se hallan así sus dibujos a mitad de camino entre el realismo minucioso y la vocación fantástica, dispuestos a plegarse, con igual soltura, hacia el expresionismo o a favor de la impronta marcadamente surreal.

Justamente, gracias a esta extensa muestra de sus dibujos, seleccionados entre su numerosa producción de sus últimos 15 años, podemos permitirnos estos juegos comparativos, a partir de la producción de sus obras. Por eso me permitiré, desde la reflexión estética, insistir en otra determinada distinción más.

Me gustaría subrayar, por una parte, el propio valor conceptual del dibujo, como vehículo de ideas. Algo fundamental que no cabe olvidar. ¿No decíamos, ya al principio de este ensayo, que el dibujo vendría a asumir funciones parecidas a las que el lenguaje hace suyas respecto a la actividad del pensamiento? Ahí radica su capacidad estructuradora de ideas. Pasa por la sensibilidad, pero aboca a la mente. E igualmente habría que incidir también, por otra parte, en la consistencia real del dibujo como esbozo plástico, como obra, como articulación artística propiamente dicha, que merece ser valorado tanto en el plano de la apreciación técnica como en la vertiente de la atribución de la autoría y sus diacrónicas etapas productivas.

Se quiera o no, es innegable asimismo, la posibilidad de descubrir en los dibujos de Pepe Azorín características propias de una mayor autonomía de trazos, de un ahondamiento buscado en los valores plásticos de sus composiciones, como si quisieran ir más allá del dato real representado, indagando mayores sutilezas, para captar una misteriosa belleza abstracta y lograr mayores grados de libertad compositiva.

Tales vueltas de tuerca han ido acompañadas quizás de una creciente introspección en sus planteamientos, también de un mayor dramatismo simbólico. No en vano, soy del parecer de que los trazos de la barra seca construyen las imágenes con un proceso gráfico más móvil, resolutivo y de mayor vitalidad. Ahí están, para corroborarlo, los toques francamente muy graduados y sin embargo firmes, que permiten potenciar, en sus dibujos, los encuentros de las luces y las sombras, en cotas de destacada síntesis expresiva de agudo y permanente dramatismo. La elocuencia de su dominio técnico es más que evidente.

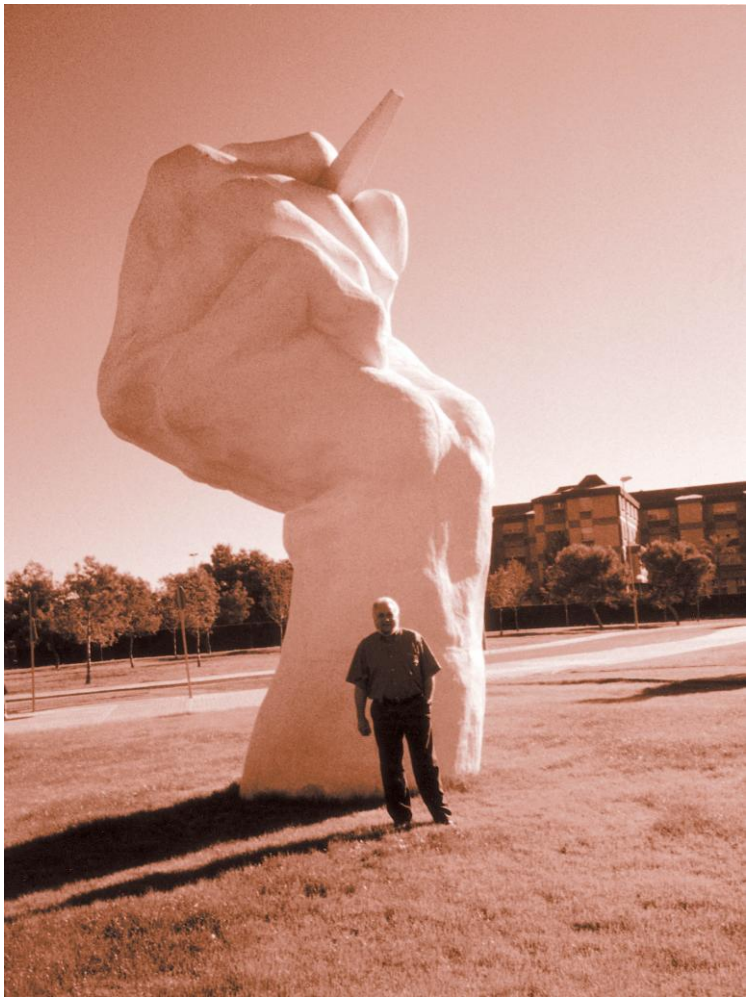
A menudo he pensado, que en el contexto general del quehacer artístico, la técnica no es sino “la suerte domesticada”. Son esa suerte, ese azar, esas aspiraciones hacia lo más difícil todavía, y esos retos planteados ante la propia obra aquello que provoca ciertamente las dificultades, pero también aquello que, a la vez, aporta las posibles soluciones y asegura los más destacados logros, en esa cotidiana batalla de la producción artística.

En tal sentido, continua enfrascado precisamente Pepe Azorín en esa lucha de acercamiento a los primeros planos de sus dibujos. No nos permite introducir perspectiva alguna entre nuestra mirada y sus propuestas gráficas. Simplemente nos las lanza y ofrece al juego perceptivo. Y nos deja ante ellas, para que penetremos en sus orografías y sus contrastes, en sus montajes y constantes fragmentaciones.

Hace años hablaba yo mismo de los dos principios básicos que regulaban su quehacer artístico: la autonomía y la funcionalidad. A decir verdad, sigue, como podemos constatar, en la brecha, potenciando tanto la autonomía plástica de sus investigaciones y rastreando asimismo el compromiso ético de la funcionalidad, propiciada en la comunicación visual que sugieren sus trabajos.

Entre el dibujo, el grabado y la escultura -tal como hemos intentado comentar en estas reflexiones- Pepe Azorín, como espectador privilegiado y singular, apresura su incansable y renuente zigzagueo investigador, año tras año, dando consistencia y extensión a su trayectoria artística, siempre en plena línea de coherencia.

Román de la Calle



DIBUIXAR L'ESPAI

Nugades-El cos maltractat. 150 x 220 cms.

FIN DEL CUADERNILLO DEDICADO A JOSEP AZORÍN

Invocación al canto

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado.
Fray Luis de León

En este firmamento donde vive la luz
y brilla y se recoge en aguas de corales
y arrecifes, está el cuerpo sediento
del pájaro que canta
de sol a sol, de tarde a noche en junio,
cuando aún no ha llegado el verano
y las alas de las mariposas
también en los jardines brillan.

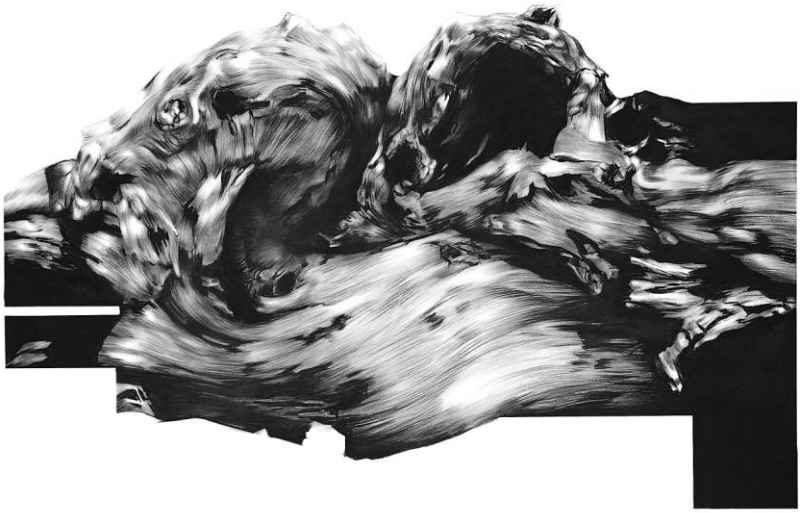
En este cálido firmamento están la cítara,
el violín más sonoro o el oboe,
cuyas notas se encienden
en los pechos más firmes de los amantes .

Venid a oír y ver sus corazones,
venid con prisa hasta los prados verdes,
porque los huracanes o la lluvia
o las nevadas noches del invierno,
podrán caer sobre los hombros de las efigies,
sobre los largos muslos de las esculturas.
La luz del firmamento
se trocará en ceniza,
en aroma de los desiertos innombrables.

En este firmamento, alto y solo,
el agua es la esperanza
de quienes son llamados al destierro.

JuanVicedo

COS D'ARREL XVI. 120 x 160 cms.
de Josep Azorín



Llegaste como el rayo que no cesa

Llegaste como el rayo que no cesa
iluminando nuestros corazones
fue un camino de amor y de ilusiones
y anduvimos por cuentos de princesa.

De un zarpazo la muerte te hizo presa
y el llanto nos invade con razones
tú que siempre estuviste entre algodones
hoy te abraza la tierra que te besa

Bendita luz de antaño la que fuiste
ilusiones y amor de ti brotaron,
y al alma nos llegó estando contigo.

¡Que sepa Dios, que nuestra vida es triste¡
porque sin ti las penas nos quedaron
mas también las tinieblas de castigo.

A nuestra amada Lara

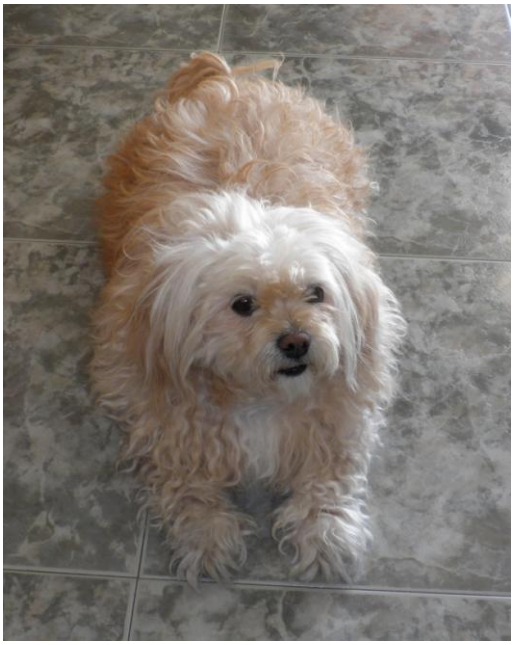
Cada rincón de nuestra humilde casa
se muestra desolado por tu ausencia
nos llenaste de amor con tu presencia
y la mutua alegría, no era escasa.

Tu mirada fue un rayo que traspasa
que siempre llevaremos en conciencia
trece años fueron, años de vivencia
recuerdos para el tiempo que no pasa.

En nuestra casa se halla la tristeza
y un mar de soledad a borbotones
porque te has alejado de nosotros.

Tu amor ha sido de una fortaleza
que se adueño de nuestros corazones,
y tu muerte es la pena, nuestra y de otros.

Lucía Espín



Peregrinar celeste

Camina el árbol por los cielos,
constante su peregrinar celeste
con pisadas de lluvia y viento
ya olvidó la tierra y la fuente.

Amigo ahora de las estrellas.
Le narran, siempre con silencios,
de los Dioses, de hombres y necios,
las pasiones, crueles y bellas.

Ya no están sus raíces quietas
aguardando el ave de paso
con nuevas tristes en su canto.
Ya no están al cepo sujetas.

Con la mirada lo quebró
harto de la monotonía,
entendió que volar podía
y aprendiendo a volar voló.

David Ortega Expósito

Si no me ves

Si no me ves, si no te veo
entonces ¿cuándo partiremos?
Si no me miras tú,
si no los miro a ellos
si no me miré hoy
con todas mis fatigas
con todos mis deseos.
Y te extendí la mano y comprobé
en ti la misma luz
en mí los mismos miedos.
Si no voy hacia ti
si no vienes con ellos
entonces ¿cuándo partiremos?

Julia Díaz Climent

CAMILA

Camila no me deja en paz. Lleva días hurgando en mi cabeza, fatigando mis neuronas, aniquilando mi confianza, exigiendo su derecho a vivir. No sabe, o no quiere saber, que me encuentro en dique seco, que me ha atrapado la apatía, que mi imaginación se ha tomado vacaciones de verano, se ha perdido en algún lugar desconocido y menos caluroso y no hace ni caso a mis llamamientos; a lo sumo me ofrece sucedáneos que no estoy dispuesta a aceptar, tramas archisabidas con el chico bueno y el malo, la chica buena y la mala pécora y el final color de rosa.

No sé por qué recovecos de mi cerebro se introdujo en mi pensamiento. Camila sólo es un nombre en el que, estoy segura, habita una historia merecedora de ser contada, historia con la que no doy a pesar de mis esfuerzos por encontrarla. ¡Con tantas palabras a mi disposición y no hallar la hebra donde ensartarlas!

Me he puesto a escribir siguiendo ese consejo tan conocido que nos invita a convocar la inspiración trabajando. Quiero imaginar que Camila es joven y guapa, alta y esbelta, rubia y refinada. La ubico en un lugar exclusivo para gentes sofisticadas, buenas conversadoras, que manejan con sutiliza la ironía y los millones, se despellejan con elegancia y transgreden cínicamente las reglas establecidas sin levantar una ceja, siempre y cuando se guarden las apariencias y la compostura. Pero claro, en un relato tiene que pasar algo tan novelesco como la vida misma, pero no tengo ni idea de qué puede suceder que sea a la vez sorprendente y original; las estafas, el tráfico de influencias, los escándalos sexuales y hasta el asunto de las participaciones preferentes están ya tan vistos.

Mi Camila se cree inmune al amor; no la seduce el matrimonio, pensar en una vida siempre al lado de la misma persona –por otra parte algo pasado de moda-, ni la responsabilidad de educar a los hijos, tarea que ha multiplicado sus dificultades en el tiempo que vivimos y que se complica aún más con la alegre plaga de los divorcios. No sé qué trabajo adjudicar a mi personaje, desde luego será una profesión creativa y artística que le permita "realizarse" y mirar la vida con optimismo.

Estaba dando vueltas a estas divagaciones cuando sonó el timbre de la puerta. "Ya está aquí mi hermana y yo sin arreglarme", me dije. (Había quedado con ella para ir de caza a las rebajas finales de unos grandes almacenes). Abrí pensando en la excusa que iba a darle por hacerla esperar, y en su lugar apareció ante mí una muchacha agraciada, de mediana estatura, pelo castaño y ojos verdes y expresivos.

-Soy Camila –se presentó- Me manda la agencia "Como los chorros del oro".

-¿Te llamas Camila? –pregunté como si hubiera oído mal.

-Sí, señora, Camila. –repitió con un acento cantarín y levemente extranjero.

Al verme confusa, añadió:

-Hoy es martes y son las diez de la mañana. ¿No es la hora convenida?

-Sí, hija, sí. –Contesté al tiempo que trataba de vencer mi sorpresa-. Perdona, me había olvidado del asunto. Entra, entra, te enseñaré la casa, -añadí algo avergonzada pensando en la leonera en que se había convertido mi piso después de semanas sin asistenta.

La joven examinó con mirada técnica cada habitación, comprobó en el armario correspondiente los restos de los productos de limpieza; objetó los que valían y desechó los que no; me preguntó si le daba instrucciones o si la dejaba trabajar a su manera. "Tú eres la especialista", contesté, y se puso enseguida manos a la obra.

Mientras ella actuaba con el aspirador, sospeché lo que había pasado. Recordé vagamente mi visita a la agencia áurea y la cita establecida. Quizá hasta elegí a la chica que me iban a enviar, pero después, por haber tenido una fuerte trifulca con Carlos aquella tarde, olvidé, como me pasa siempre que estoy nerviosa, el asunto y sólo recordaba aquel nombre que no me dejaba en paz.

Mi hermana, cosa rara cuando se trata de ir de compras, no apareció ni llamó. "Otra que olvida las citas", pensé inquieta por si eran síntomas de alguna enfermedad degenerativa y hereditaria.

***

Camila lleva ocho meses en casa. Estoy encantada con ella; es buena, trabajadora y, además, guapa. El único defecto que le encuentro es que piensa como una mujer de la Edad Media; creo que en su país viven más o menos en aquella época. Está convencida de la superioridad del varón; quiere casarse y ser una buena esposa, obedecer y complacer a su marido, tener hijos y educarlos de acuerdo con sus valores, nada que ver con la muchacha imaginada por mí.

Yo me afano intentando convencerla de que las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres en todos los ámbitos de la vida, pero que si no luchamos para que se concreten en leyes iguales para los dos sexos, nadie nos los va a regalar después de tantos siglos de privilegios masculinos. Creo que me oye por educación, pero que mis palabras no la convencen.

***

¡No salgo de mi asombro! ¡Camila me ha birlado el novio! ¡Nunca pensé que la historia que buscaba sobre Camila me fuera a afectar de manera tan directa, que acabara de esta manera! Carlos dice por toda disculpa que es muy difícil encontrar una mujer con tantas virtudes en los tiempos que corren, y que están muy enamorados. ¡Eso, ellos tan felices y yo compuesta, sin novio y sin asistenta! ¡Y luego tanto hablar de la prima de riesgo! ¡Para riesgo el que he corrido y para prima, yo!

María Rosario Mohinelo

Querido príncipe:

tú y yo que nos separamos
sin decirnos adiós,
o con un beso en los labios,
o con la caricia de un primor…
Me veo ahora escribiendo esta carta
sin destinatario, ni fin.
Eras el beso dormido
que acampa en una mejilla,
la savia dulce
con la que conjugaba versos en latín
por tu espalda,
amasando cada vocativo por el
que ella rodara.
Eras la pupila abierta
a cada amanecer en donde las sirenas
juegan a ser princesas de agua dulce.
Eras mi mejor narrativa
la poesía más excelsa,
así te conjugué ya.
En el fondo del alma de mi alma
así yo te conjugué.
Pero se nos preparaba
la distancia que duele.

Esa que no sucumbe ni al frío
ni a la nieve.
Y así un día tú fuiste por una calle
y yo por otra.
Lo que ignorábamos nosotros
es que ambas calles daban al mar.

Inma Méndez/Alféizar

Lo que no nos permite dar la mano

Verdad es que al nacer somos iguales
y ya el primer vagido nos señala
que buscamos cobijo bajo el ala
de cálidos abrigos terrenales.
Aunque sobre desnudos iniciales
los vestidos nos cubren con su gala
y así se rompe aquella innata escala
que nos hiciera más y más cordiales.

Por eso brota sin cesar la guerra,
por eso nos acosa lo inhumano,
por eso degradamos a la tierra,
sin ver en aquel otro nuestro hermano,
Eso la solidaridad borra y destierra,
¡hasta impedirnos dar la abierta mano!

Manuel Parra Pozuelo

MANO Y RAYO DE LUZ de Josep Azorín

La muerte era

Dijeron que la muerte era quedarse quieto,
recogido, sucinto, desmayado, apagado.
Que era quedarse muerto el quedarse callado,
y era quedarse rígido el máximo respeto.

Que era mejor morirse, si es posible, en secreto,
sin que nadie supiera, sin dar por enterado
a nadie de tu óbito. Como quien se ha marchado
del modo más sencillo, lacónico y discreto.

Sobre todo sin ruido. Sin mover ni una paja,
sin quejarse o dolerse, sin hacer aspavientos,
conforme en que tu cuerpo se pierda, y que sucumba.

Mas yo no soy de esos… Desde mi propia caja
he de agitar la tierra. Moviendo sus cimientos
¡No! le diré a la Muerte desde mi misma tumba.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

HUECO de Josep Azorín

Un día más

Una llamada,
unas palabras,
unos recuerdos...

Amor.

Un beso al aire,
un ,"te quiero" en la distancia,
un no te olvido.

Más amor.

¿Cuándo te veré?
¿cómo? ¿cuándo? ¿ya?
Ten paciencia:

Será pronto amor.

Me acuesto,
pienso en ti, y...
me quedo dormida.

Sueño...

Despierto:
Suena el teléfono,
oigo decir, "Te quiero"...

otro día, otra esperanza.

Amor, ¡hasta mañana!
¡Hasta mañana! ¡Mi vida!

Rafaela Lax

SOBREVIVIENDO A LO AUTÉNTICO

La Antigua (Guatemala).
10 de febrero de 2013.
A Ariadna y su apoyo.

Existen viajeros entusiastas e intrépidos (calificados comúnmente como "aventureros") que van buscando disfrutar y vivir lo auténtico allá donde van, aun a riesgo de acabar con una infección de estómago que les deje convalecientes, sentir repugnancia ante determinadas experiencias o acabar despeñándose por un risco mientras tratan de encontrar un lugar diferente y aislado de turistas. Reconozco que me encuadro dentro de este perfil, pero también sé que en algunas ocasiones es necesario rendirse ante la evidencia y ser práctico (siempre y cuando uno pueda permitírselo…).

Este fin de semana decidí hacer una escapada a Atitlán desde La Antigua, para lo que opté por realizar el trayecto económico: tres horas, cuatro transbordos. Puse el despertador a las cinco de la mañana y avisé previamente a mi compañero de habitación, el quiromante, que mostró su conformidad al respecto y dijo no tener inconveniente. Cuando sonó el despertador me sentí orgullosa de mí misma por actuar con previsión y dejar todo preparado la noche anterior, a excepción únicamente de la comida. Enciendo la linterna de leds y comienzo a vestirme, hasta que llega el momento de ponerme el sujetador: no está. Alumbro la cama donde estaba la ropa, no está; miro en la mochila, tampoco está… ¿Dónde coño he puesto el sujetador? El compañero de habitación gira sobre sí mismo, se tapa con la almohada y no vuelve a moverse: "bien", pienso, "está totalmente dormido o se ha asfixiado con la almohada"; tanto lo uno como lo otro me da mayor tranquilidad para seguir buscando con la linterna (de leds) sin remordimiento alguno. La última opción era la maleta, así que decidí abrirla para salir de dudas: ahí estaba, el muy gracioso se había escondido en esa maleta…

Una vez vestida, me encaminé a la cocina para preparar, rápida y silenciosamente, la comida que iba a llevarme: aguacate, tomates de ensalada, queso insípido, una lata de atún en agua, cereales y dos batidos de fresa. La papaya decidí sacrificarla por exceso de peso, así que la sustituí por dos maravillosos plátanos (bananos, como aquí les llaman). Mientras estoy centrada en estos menesteres, oigo que suena la alarma de un despertador: "no puede ser", y salgo corriendo hacia la habitación; el despertador se había confabulado con el sujetador y decidió dar la nota por segunda vez. Un par de días después, todavía sigo sin explicarme este extraño e intrigante suceso, y más aún si a ello unimos que el compañero de habitación seguía sin moverse…

Vuelvo a la cocina, lleno una botella de agua y me escurro sigilosamente (o todo lo "sigilosamente" que alguien como yo puede moverse) por el pasillo hasta la habitación. Cuando tengo todo listo (sólo ha llevado una hora de reloj, sin ducha y sin nada que haya llevado a la boca para hacer despertar al insaciable estómago), me dispongo a colgarme la mochila y…. ¡se me cae la botella de agua al suelo! Probablemente en horario vespertino nadie se habría dado cuenta del ruido, pero a las seis de la mañana, cuando el gallo todavía está desperezándose, tiene que ser equiparable a despertarse con un sartenazo en el oído. A estas alturas de los preparativos, el orgullo con el que me había levantado, se ha agazapado humilde y cobardemente. Miro hacia el compañero y veo que sigue sin moverse: "excelente, muerte por asfixia". Recuperada la compostura, despido al velador y salgo hacia la estación de autobuses. La idea consistía en aprovechar el trayecto (cuatro trayectos, para ser más exactos) para dormir plácidamente, dado que no es la primera vez que me tumbo en los asientos de un autobús en posturas califiquémoslas como yógicas y consigo dormirme aún sin saber cómo. Pronto esa idea se vio truncada…. y en los cuatro trayectos.

Pollo-bus. Fotografía de la autora

En la estación me esperan los "chicken buses", los antiguos autobuses escolares americanos comprados y *tuneados* por países de Centroamérica. Entro, me siento, coloco la mochila en el suelo e intento buscar una postura cómoda. Dado que esto último es imposible por el tipo de asiento del autobús (los escolares norteamericanos no debieron superar el 1.20 m. de altura durante su infancia y adolescencia), trato igualmente

de conciliar el sueño, pero el amanecer me lo impide. Busco el antifaz de actriz hollywoodiense en el bolso, pero como no es la primera vez a lo largo de la mañana que no encuentro algo (a pesar de ser tan previsora), desisto de seguir con una tarea que a nada conduce. Rendida ante la evidencia, cojo unos auriculares y me pongo a escuchar música. El mp3 se carga conectándolo al puerto de un ordenador y, dado que en 48 horas no voy a disponer de ninguno, considero la posibilidad de racionar su uso. En ese momento recuerdo a James Franco en *127 horas* y llego a la conclusión de que servidora no sobreviviría en la selva en circunstancias extremas más de 48 horas (y en el mejor de los casos); me resigno ante tan realista deducción y decido escuchar música todo lo que me dé la gana sin importarme lo más mínimo mi supervivencia.

En ese momento, mis ojos se detienen ante el conductor, un gordo con vaqueros, sudadera roja, bigote y oídos taponados con algo a lo que el inconsciente trata de no dar importancia para evitar exaltarme a tan tempranas horas de la mañana: "será posible, ¡el muy desgraciao también lleva auriculares puestos!", con la sutil diferencia de que mi vida depende de su profesionalidad en el manejo del pollo-bus y no al contrario… Y es que en Guatemala, o te quedas sordo debido al volumen excesivo de la música del conductor, o mueres estrellado en un accidente de tráfico porque el conductor no quiere compartir su música con el resto de pasajeros. La elección es difícil dado que ambas situaciones son una tortura. Tras una hora de trayecto, llegamos a Chimaltenango, primer transbordo. No he pegado ojo (seguro que el gordo de sudadera roja ha dormido más que yo), pero lo peor está todavía por venir.

Subo al autobús que va hasta Sololá, el siguiente destino. El empeño en poder dormir durante el viaje queda totalmente desestimado ante el panorama que se muestra ante mis ojos: decenas de viajeros sentados de manera solapada superando el aforo permitido en un autobús escolar de los tiempos de Kennedy. Alguien grita "¡¡pasen hasia trás, hay sitiooo!!"; "debe de estar de coña", es más difícil poder pasar al fondo del autobús que romper una fila de formación hoplita. Además, ¿a qué sitio se refiere exactamente? Los asientos del autobús se disponen de forma que hay un asiento para dos pasajeros a cada lado del coche, pero las formalidades en el trasporte público guatemalteco son una utopía: cada asiento es ocupado por tres personas, siempre y cuando no haya algún niño subido a las rodillas de alguien (no tiene por qué ser su madre). Eso da como resultado un colapso en el supuesto corredor y que los viajeros, sentados en los extremos que dan al pasillo, apoyen una nalga en un asiento y la otra, se sostenga haciendo fuerza lateral con la nalga del pasajero de al lado, para lo cual se requiere de una gran habilidad y de una mentalidad colectiva; en el caso de que no tengas la suerte de tener otro pasajero pegado a ti, tienes que hacer contrapeso como puedas para evitar una caída ridícula.

Los lugareños me miran como si, efectivamente, fuera una actriz hollywoodiense (y sin el antifaz), y yo a ellos como si se trataran de piezas de puzzle encajadas a la fuerza. Choque cultural, primera toma de contacto, el caso es que los pasajeros de delante se levantan para que pueda proseguir avanzando hacia el fondo y, dado que no quiero parecer una principiante en algo tan básico como sentarse en un asiento (o en el aire) de un autobús, me encamino segura (aunque la expresión de la cara debía seguir siendo la de una "idiota" impactada y sorprendida) hacia…. donde el instinto me lleve. Efectivamente, el que gritaba tenía razón: quedaban sitios en el pasillo, entre asiento y pasajero.

Una vez acomodada (que no cómoda), decido observar el entorno para que me ayude a no seguir comportándome como una advenediza. Lo primero que contemplo es el paisaje: la guía de viaje que compré en una tiendita de Flores recomienda sentarse en el lado derecho del autobús para disfrutar de las vistas, puesto que el autor no realizó en su vida el trayecto económico y optó por un transporte privado que le permitiese elegir dónde sentarse y, seguramente, dormir durante la mayor parte del periplo a pierna suelta (y yo, sin dormir, y con una nalga suelta). Dado que pretender sentarme en el lado derecho supone disputarme el trofeo con otras dos personas más que hay a mi derecha, decido no guardar rencor al autor de la guía y continúo observando el interior del autobús.

Entre las dudas que me surgen sigue presente la relación "espacio/volumen corporal", pues hay personas que dudo puedan pasar a través de cinco centímetros de anchura. Pienso en los roedores y su capacidad de descoyuntarse para colarse entre rendijas aparentemente imposibles y trato de aplicarlo al ser humano. Mi teoría se ve confirmada cuando el autobús hace la parada y se vuelve a poner en marcha, pues es entonces cuando se produce un flujo desordenado de pasajeros que se mueven con soltura y habilidad desafiando la lógica de todos aquéllos que no hemos vivido antes esta experiencia. Unos y otros se movilizan para que los viajeros puedan pasar independientemente de su volumen, se van colando por los huecos con la capacidad de adaptación de gotas de agua. Asombroso, pero tengo que ser capaz de cambiar mi expresión de sorprendida en algún momento para tratar de pasar desapercibida.

Por mucho que trato de actuar como una viajera experimentada acostumbrada a este tipo de trayectos, mis ojos me delatan, pues no consiguen dejar de sorprenderse frente a todos los detalles que ofrece el "pollo-bus". Al fondo, a mi izquierda, un rótulo en letras rojas en cursiva reza "Dios te acompañe", y sólo rezo para que no sea

en sentido literal, pues el aforo está dramáticamente completo y Dios es omnipresente. Otro rótulo, en la cabecera del autobús, esta vez más prosaico, sentencia "No fumar", y se halla censurado por una barra metálica. Obviamente, el rótulo precede a la barra, un ejemplo más de los añadidos del autobús a tenor de las circunstancias y de los gustos (recuérdese el mencionado *tunning* de estos "pollo-buses"). Efectivamente, los jóvenes norteamericanos de los tiempos de la Guerra Fría iban sentados cómodamente en el autobús (dos por asiento), las barras no eran necesarias dado que no había pasajeros hacinados y de pie. Por lo tanto, se hace inevitable censurar un rótulo que vela por la salud de los pasajeros y priorizar su integridad física, ya que de nada sirven unos pulmones limpios si no tienes dónde sujetarte en una curva o en un frenazo (y aseguro que es importante dada la temeridad con la que conducen en estas tierras).

Pero probablemente lo que más haya llamado mi atención, y por extraño que parezca a estas alturas dado mi constante asombro y perplejidad, es el adorno justo enfrente del autobús: una magnífica pantalla plana. Una pantalla plana…. en el interior de un "pollo-bus"… en trayectos cortos… con nulas comodidades en el pasaje… y esperando a ser encendida y quién sabe con qué proyección. El contraste es similar al que me produce una pasajera con traje regional chapino y móvil guardado en su delantal.

Si en algo agradezco haber realizado el viaje de vuelta en similares circunstancias, es porque la incógnita de la pantalla plana, esa incógnita que me impedía seguir pensando con claridad y disfrutar por completo de un fin de semana en Atitlán (si es que llegaba en algún momento), quedó resuelta. Lo que no entiendo es cómo no se me pudo ocurrir antes: ¡las pantallas planas de los "pollo-buses" proyectan *videoclips*!" Ahora no sólo tengo que soportar las baladas, la banda, Enrique Iglesias o canciones que en su momento fueron popularmente conocidas, sino que tengo el privilegio de poder "tragarme" el *videoclip*, el cual es en muchas ocasiones incluso peor que la canción. No puedo pedir más. Sarcasmos aparte, es una táctica infalible para mantener a raya a los viajeros más díscolos: no tienes dónde apoyar el culo cómodamente, pero disfrutas de una cuidada selección de canciones realizada por expertos melómanos de exquisito gusto que neutraliza al más rebelde.

El autobús llega a "Los Encuentros", donde tengo que tomar otro en dirección a "Sololá". Me subo en el autobús con la seguridad de quien ya lo ha visto todo y poco le puede sorprender. Lástima que mi confianza recién adquirida no pueda ser puesta a prueba, pues el trayecto de treinta minutos se sucede sin novedad alguna. Salvo unas pegatinas verdes en la parte superior de las ventanas a modo de bandas decorativas que restan visibilidad y son de dudoso gusto estético, la experiencia del tercer trayecto fue aburrida y decepcionante: apenas hay gente, no hay nadie a mi lado que sustituya el calor que me proporcionan los ansiados brazos de mi madre, no hay plegarias a Dios… y ni siquiera tiene pantalla plana. ¡Menuda mierda! En un momento incluso llegué a plantearme que probablemente me había equivocado y estaba montada en un autobús de segunda clase… Menos mal que el trayecto duró quince minutos.

En Sololá, me subo al último autobús en dirección a Atitlán, no sin cierta melancolía por estar a punto de finalizar mi recorrido,. La plegaria, imprescindible salvo que el autobús sea de segunda clase, recuerda a los pasajeros que "Este autobús es propiedad de Dios" y, dado mi enajenamiento mental, no puedo evitar imaginarme a Dios con una compañía de autobuses tan divina (en el sentido amplio de la palabra) como la de los "chicken-bus". En vista de que estos autobuses se caracterizan por su continua trasformación y que de seguir así su filosofía de reciclaje, sobrevivirán a la Humanidad, creo que no estaría de más incluir un confesionario para completar su eclecticismo. Puesto que el problema del espacio ha quedado demostrado que está más que resuelto, no creo que este aspecto vaya a ser un inconveniente para la consecución de tan feliz sugerencia.

Sin embargo, la originalidad de este autobús no reside precisamente en el rótulo… En un principio no me había fijado porque estaba aprovechando para ver el paisaje desde el lado derecho del transporte (quería saber cómo se sintió el autor de mi guía cuando escribió ese desafortunado comentario), pero unas luces intermitentes acabaron por llamar mi atención: en el frente del autobús, en el lugar donde tendría que estar la moderna pantalla plana, hay unas luces de freno que cambian de color y tienen cierto efecto hipnótico si te quedas mirándolas durante más de veinte segundos. Creo que este hallazgo completa la perfección alcanzada por estos autobuses.

Aterricé en Atitlán con sentimientos encontrados. En otras circunstancias (u otra persona) se habría emocionado de poder pisar tierra firme tras tres interminables horas, pero yo sabía que mi experiencia en Atitlán no me iba a aportar tanto como cuatro trayectos en un "pollo-bus". Sin embargo, repetí experiencia a la vuelta por cuestiones puramente económicas, y es que me considero una viajera que disfruta con lo auténtico, pero hay veces que la comodidad supera la curiosidad y sólo por necesidad decides repetir…

Marina Encuentra de Silva

Soneto del pasar

En esta tarde el tiempo está cayendo
a una fosa terrible e innombrable,
una fosa tan grande e insaciable,
que nos devora a todos en naciendo.
Y está, implacable sin cesar creciendo
y nos aguarda inmenso e irremediable,
el que sabemos es el indudable,
abismo tan cruel como tremendo

No es posible escapar, es el destino,
la terca realidad que siempre espera,
el amargo sabor del triste vino
que estará en el final de la carrera
cuando llegue el recodo del camino,
que nos aguarda en la postrer frontera.

Manuel Parra Pozuelo

Número 7

De los restos de este numen en la punta de los dedos
y otras muchas cosas que no podría dejar de contar
sin que se me desgastaran los zapatos en el intento
inútil de enumerar lo incontable
pretender poseer y guardar en el bolso lo más grande
pero no me quejo si puedo cambiarme los zapatos sin miedo
a que desaparezcan esos restos de aquello y algo más
que me siga mordiendo la esperanza desde el "*Fu!*" de tu cuello
hasta el relente de tus curvas por la punta de los dedos.

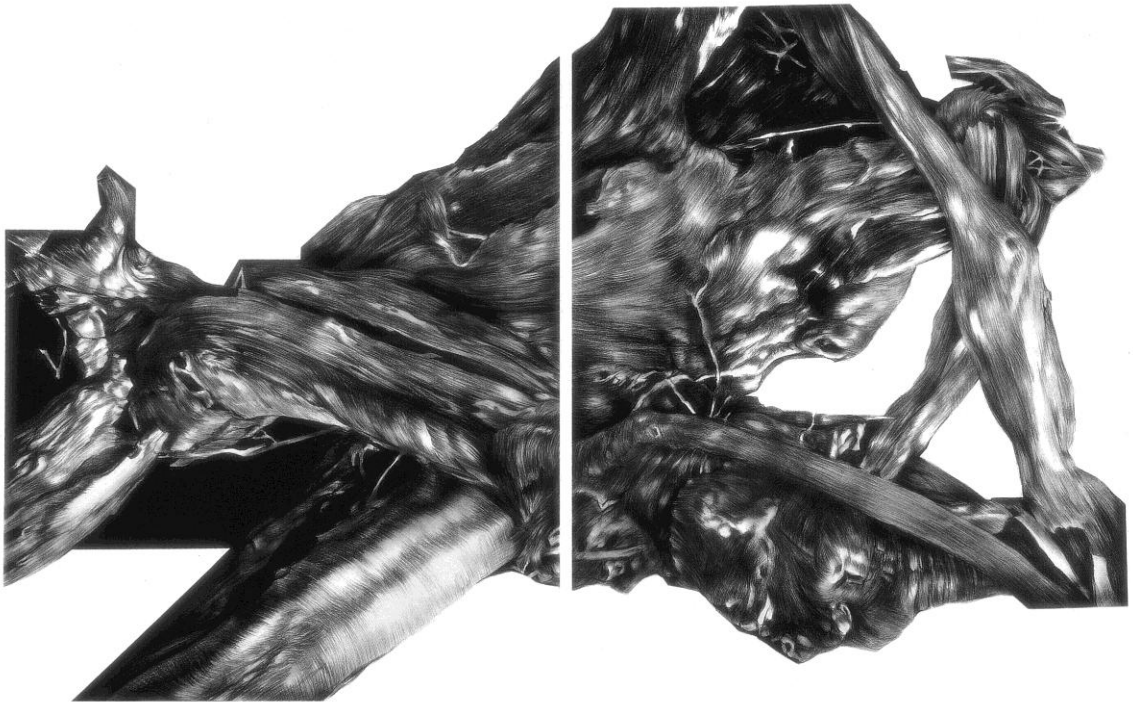
Carmen Thomas
Nuestra segunda cachorilla

El espejo

Me miro raramente en el espejo
y al verme, sorprendida, a veces siento
que sólo soy ese fugaz reflejo,
esa furtiva sombra que me asombra,
que sólo soy un nombre que me nombra.
En tu pozo de azogue todo cabe,
la imagen de mi infancia tan lejana
al emprender mi personal camino.
¿De dónde llegué un día? ¿Tú lo sabes?
Mi juventud, mis horas y mi sino.
Y también el momento de cerrarse el círculo
y de volver al misterio y al arcano,
y quizá nunca sabré por qué he vivido
ni si ha sido mi vivir en vano.

María Rosario Mohinelo

COS D'ARREL V, de Josep Azorín



Amor del hambre

La serpiente replicó a la mujer:
—No moriréis en modo alguno:
es que Dios sabe que el día en que comáis de él
se abrirán vuestros ojos y os haréis como Dios...
GÉNESIS, 3, 6.

ES HORA de ir deprisa.
Ven. Acompáñame.
Todavía llegamos a los postres
de los afortunados que han comido
y tienen tiempo.
Todavía el rubor de una manzana
despierta en ti y en mí el amor del hambre;
todavía su vientre tímido
nos funde en el temor de ser.
La morderé, la morderás.
Su sabor adolescente
agitará nuestros riñones con sus cálculos,
y su chasquido, escandaloso,
nos enderezará
como un grito de apache.
¿Podré, podrás con tanta vida intensa,
correteando entre estos dientes ralos?
¿Podrás, podremos resistir
el entusiasmo de su cuerpo en nuestro cuerpo?
La morderás, la morderé.

Masticaremos sin pudor
celebrando el aullido de la presa,
su crujido vital,
su bravo deshacerse,
y el baile de su sangre
con tu lengua y la mía otra vez jóvenes.
Socarrones, confusos,
ellos nos seguirán con sus miradas,
nos cercarán con sus embustes,
nos herirán con sus sarcasmos.
Pero tú y yo masticaremos,
masticaremos sin cesar
hasta quitarle al mundo su sabor,
hasta hacerlo monótono, sin gracia,
viejo;
y nuestros ojos pobres, bien abiertos,
los incomodarán tras sus ventanas.

José Luis Vidal Carreras

Palabras de Windows Microsoft

Dejadme a mí jugar con las palabras,
que nacen libres, que nacen rubias y graciosas,
como niños pequeños encantados.

Son palabras que vuelan,
son palabras que suben y bajan por el aire,
llenas de sol y luces de los campos.
Y durante un tiempo
se divierten, no nos causan problemas.
Mas cuando crecen
ha cambiado su cara,
ha cambiado su voz,
para vagar ya fuera de la casa paterna
para ser herramientas de trabajo,
o la mano de obra al pie de la cantera,
o carne de cañón que el general
ignora cuando mueren.

Las palabras pequeñas se esconden divertidas
debajo de una cama, o dentro de un armario,
o detrás de una puerta por la que nadie pasa.
Y así, en esos juegos, no las encuentra nadie:
ni el empresario astuto, ni el ingeniero jefe,
ni el mariscal de campo cazador de medallas.
Pueden así escapar a una muerte segura,
cuidadosamente dictada al procesar los datos
y el cálculo estadístico de fronteras y vidas.

Dejadme mis palabras, diminutas, pequeñas,
que las demás han muerto.

Juan Vicedo

VOLVER A LEER

Etelvina estiró sus piernas todo cuanto le daba su estatura. Qué lata tener que usar la escalera para los altillos. No fue capaz de sacar el libro "Todo es silencio" de Manuel Rivas. Con motivo del estreno de la película, quería echarle un vistazo. Fue por la escalera. Gracias a su delgadez se movía con agilidad sobre ella. Tenía que recolocar su biblioteca y ponerla más cómoda. Era una de esas cosas que se meten en la trastienda de la memoria y no se llevan a cabo nunca.

En lo alto de la escalera empezó a ojear el libro. Entre sus páginas surgía la Galicia marinera y rural. El paisaje se movía inquieto, acompañando a los protagonistas y a los secundarios, arropándolos con amorosa quietud. El carácter dramático de los personajes manejados por aquel chaval que desafiaba a los grandes capos de la droga.

Esperaba que José Luis Cuerda hubiese encontrado la llave para entrar en la idiosincrasia del problema de la droga en aquella región. Recordaba las primeras veces que había pasado el verano en Vilanova donde la mitad de los bares, cafeterías, hoteles y demás servicios públicos estaban amparados por *a fariña,* como llamaban en la villa a la droga. Recuerda la cantidad de jóvenes del pueblo que habían fallecido y los que seguían enganchados. No había familia a la que no le hubiera tocado aquella lepra. Hasta se había metido en la iglesia en forma de donativos y, en el deporte, patrocinando en los clubs.

Recordaba a Joseciño, impenitente andarín entre la Illa y Vilanova, con su pelambrera rizosa al viento, sus ojos azules vacíos, sin vida, en una extraña meditación errabunda de paraísos perdidos. Su vestimenta pulcra, invierno y verano con chaqueta, gracias al cuidado de su hermana. Ésta lo había acogido después de la muerte de la madre que no había soportado la pérdida de su hijo en ese mundo de falsas vidas en las que se sumió tras una sobredosis. Sí, tantos joseciños que se cernieron sobre la tierra de las leyendas y los mitos.

Mientras pensaba todo esto, le dio un calambre por la postura y se bajó de la escalera. Gracias a su constitución el dolor le pasó enseguida. "Sí, abuela, algo tenías que haberme dejado: tu esqueleto inquieto"

Airam Lebasi

El hilo azul

Puede que mamá sueñe el hilo azul y el acero finísimo
que se agitan entre sus manos breves,
la tela nívea yaciendo en el regazo, igual de leve
que espuma de la mar, igual de grácil.
¡Niña que cae la noche! quiere gritarme
mas la aguja fascinadora va y viene ante sus ojos
como el vaivén de las olas, y una y otra vez
entre los dulces dedos la labor crece
según su amor avanza, según se extiende por el orbe.
Al norte vigilan las orugas, acechan y tejen hebras de oro
devorando silenciosas y terribles los retoños del guayabo,
(¡dónde está esa niña!)
implicadas las dos, mamá y la oruga
en juegos de transformaciones y de muerte.
Y papá absorbido entre facturas y papelotes
y Mamen vestida de cowboy con todo y pistolas
y Marisa envuelta en lazos amarillos jugando a casitas
y yo allá arriba al amor de la nube
en la atalaya del mar que es mi refugio intacto,
todos viviendo.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

Viraje por la sextina

1. *Materia de Bretaña*

Quisiera del jardín ser ese cáliz
que imitase un clavel mudado en brécol
sobre los campos que la lluvia, en níquel
sustentada, convirtiese en un pénsil
fértil o lleno de trenzadas ristras
que me ayudaran a servir de burla.

Quisiera ser el daño de la burla
y no apartar de mí la hiel del cáliz
o dejarme crecer la barba a ristras
a imitación del denostado brécol.
Quisiera que un florido, verde pénsil
se convirtiera en páramo de níquel

o en un infierno de cristal y níquel
que me cubriera de quebranto y burla.
Que mi lira quemase el culto pénsil
con sangre de dragón bebida en cáliz,
y así como los montes son un brécol
tupido, que las llamas fueran ristras

del fuego de mil chiles en sus ristras
arrasando escuadrones, ríos níquel
y bosques apretados como el brécol.
Porque de nada servirá la burla,
el escarnio y las asas de este cáliz
que adorna mi cabeza con la pénsil

lisonja que en los cuernos vuela pénsil
para colgar risibles, mudas ristras.
Los vasos, la quincalla y algún cáliz
reflejarán los rayos como el níquel
del espejismo , de mis dunas brécol,
verdes de ira , de sedientas burla.

Todo de mí se mofa, todo es burla,
porque el jardín que quise cursi pénsil
se parece al colgante y pobre brécol
que pende avergonzado de unas ristras
en una iglesia de madera y níquel
que Arturo se encontró buscando el cáliz.

Quiero que el cáliz sea para el brécol
la pénsil Babilonia de las ristras,
para escribir el níquel de mi burla.

Luis Miguel Rubio Domingo

ATARDECER ONÍRICO

(Relato asturiano)

Gaspar nunca había visto nada semejante, ni recordaba que alguien lo hubiese visto en toda su vida. Jamás, ni cuando era niño, le había oído contar a su abuelo que su propio abuelo tuviese noticia de un desastre así, por lo que cabía pensar que era la primera vez que aquello pasaba.

Y es que ya iba para medio año que no llovía en Asturias.

Las fuentes se habían secado allá en lo alto, desde donde un sol implacable las asediaba con furia. No había vuelto a caer ni una sola gota sobre sus montes, sus castaños, sus robles...

Los prados sedientos ya no eran sus prados. Un tono amarillento los convertía inexorablemente en campos castellanos, donde sólo faltaban las espigas y en los que las vacas, enflaquecidas y hambrientas, buscaban una exigua brizna verde que llevarse a la boca. Daba pena el tañer de sus cencerros, efímeros, lamentosos, implorando quién sabe a qué dios un final a sus desgracias.

Y Gaspar creía que si el cielo no enviaba el remedio se secarían hasta los manantiales, de los que apenas brotaba un hilo de agua. Entonces las xanas saldrían a la luz del día con los xaninos correteando alrededor, buscando cobijo en algún lugar sombrío entre los helechos o en el hueco de otro árbol, si es que en él encontraban todavía restos de musgo, y allí se ocultarían para sobrevivir.

Porque Gaspar tenía la certeza de que las xanas existían, aunque verlas, lo que se dice verlas, resultaba imposible. Las xanas eran seres especiales, vedadas a las miradas de la gente vulgar, por más que los lugareños se inventaran mil historias acerca de ellas. Historias inquietantes. Entre tantas como divulgaban le sorprendía escuchar algo inaudito, algo tan inconcebible como que las xanas carecían de pechos y trocaban a sus pequeñuelos por los de las mujeres recién paridas con el fin de que los amamantaran. ¡Qué insensatez! Quién iba a dar crédito a aquellas patrañas... Tesoros, sí. Tesoros fabulosos sí que guardaban, ya que sus cabellos de oro crecían como los del resto de los mortales, y las doradas hebras las apilaban, probablemente, en el lugar más oculto de su morada. Se los cortaban una vez al año, siempre en la misma fecha, en la mágica noche de San Juan. Un anciano del pueblo se lo había contado, un ochentón versado en el tema, y del que sin duda podía fiarse. Aún recordaba el día en que accedió a explicarle, con cierto reparo y ante su insistencia, cómo las xanas cambiaban de aspecto al salir a la luz. Aquello, a Gaspar, le parecía exagerado. No obstante siguió atento a lo que le narraba su vecino, el cual afirmaba con rotundidad la urgencia con que esa noche, el veintitrés de junio, las xanas se iban al bosque con sus tijeras y peines de plata para cumplir el ritual heredado de sus ancestros. Y cuando concluían y trasladaban sus cabellos a un rincón, se dedicaban a jugar por los prados mojados de rocío hasta que llegaba el alba. El alba era la señal. Entonces se cogían de las manos y entonaban a coro la Danza Prima (arcaico legado de dioses ignotos), antes de regresar a esconderse de ojos indiscretos, de las primeras luces o del orvallo.

Tan elocuentes había encontrado Gaspar las palabras del anciano que lograron convencerle, por lo que admitió sin ningún reparo que las famosas xanas eran seres reales.

Sin embargo ahora, la sequía que se cernía por sus montes, sus castaños, sus robles..., iba a cambiar el curso de sus vidas. Emigrarían a otros lugares, a morirse quizá, o a esperar a que el Nuberu hiciera acto de presencia e irrumpiera con su cohorte de relámpagos y estruendo para que el sol tomase otro rumbo.

Bien pensado, se decía, eran preferibles las devastadoras tormentas del Nuberu que aquel calor. ¿Qué importaba si un rayo despistado o el granizo mataban a un par de vacas, o quebraban los brazos de un árbol? Transcurridos unos días la vida resurgía, una nueva savia brotaba en los campos y en los hombres... Sí, a fin de cuentas, el Nuberu no era tan malvado como cabía suponer. Incluso en ocasiones advertía a los vecinos de su llegada, permitiéndoles guardar el ganado y ponerse a salvo. Si esto sucedía, enviaba como avanzadilla a los truenos más pequeños, a los hijos o nietos de las enormes tronadas que cabalgaban detrás a lomos de

nubarrones densos y fieros. Entonces las campanas de la iglesia comenzaban a sonar desaforadas, y si su eco llegaba a los oídos del Nuberu, ensordeciéndole con su conjuro, sabían que replegaría su ejército y se iría rápidamente hacia otro sitio.

Pero no era el caso. ¡Lástima que aquel bribón les hubiese olvidado!... Aunque si le daba por aparecer, ¡ojalá!, nadie iba a osar repicar las campanas, los aldeanos se postrarían de rodillas dispuestos a agradecer su intervención, su milagrosa presencia que por primera vez bendecirían.

Gaspar miró hacia el cielo sin dejar de cavilar. El sol continuaba en su trono, nada entorpecía su marcha. Oía a lo lejos el mugir de las vacas, sus débiles lamentos. A buen seguro que se estarían preguntando si es que sabían preguntar qué estaba pasando. Ellas, las envidiadas, las que disfrutaban de los más sabrosos pastos de los alrededores, las que obsequiaban con su tibia y espumosa leche a los habitantes de la región, alicaídas ahora no osaban moverse. Sólo mugían y permanecían tumbadas, casi desfallecidas, en tanto que mostraban sus ubres vacías sin ningún pudor.

Después de observarlas, protegió con la mano los ojos a modo de visera y, desafiante, los fijó nuevamente en el cielo desde el que una luz intensa le deslumbró. Cegado por ella, volvió la vista hacia los tejados de las casas del pueblo, un pueblo que esperaba impaciente el fin de la pesadilla. Tras las pomaradas de su amigo Roque, más lejos aún, por donde alcanzaba a distinguir la costa, creyó descubrir de pronto cómo un enjambre de nubes trataba de abrirse paso. O eso fue al menos lo que imaginó, dejándose llevar por la ansiedad. Pero eran figuraciones, espejismos que le generaba aquel maldito sol, más dueño que nunca de sus bosques, sus castaños, sus robles...

Las xanas entretanto andarían inmersas en un trasiego de cabellos dorados.

Con este pensamiento descendió sin prisas hacia el manantial cercano, en el que tantas veces había bebido, y se sentó a esperar no sabía qué, a que transcurriese el tiempo probablemente, a dormitar si es que lo conseguía, o a que se produjese el milagro de la anhelada lluvia. Lo que no sospechaba era que estaba a punto de asistir a otro milagro con el que no contaba. ¡Por fin las veía! A pocos pasos de donde se hallaba, las xanas se afanaban en ordenar sus valiosos tesoros, en tanto que los xaninos, colgados a sus faldas como a una tabla de salvación, lloriqueaban y entorpecían su tarea. Gaspar se restregó los ojos medio aturdido. Se había puesto en pie y las contemplaba pegado al tronco de un árbol, sobre el suelo tapizado de hojas mustias. Habría querido ayudarlas, pero su estatura no le permitía la entrada al estrecho escondrijo en que vivían. Sin embargo fueron ellas las que no tardaron en hacerle señas, ni en pasarle una a una las diminutas cestas cargadas de hebras doradas. Sin salir de su asombro Gaspar las aceptaba complacido, y las depositaba con sumo cuidado junto al manantial. Junto a aquel manantial que conocía desde niño, y que ahora se moría gota a gota, gota a gota...

Cuando las xanas finalizaron, después de comprobar que no quedaba huella de su estancia allí, cuando por fin salieron, Gaspar tuvo que aferrarse a la rama de un castaño para no caerse. Un temblor repentino se adueñaba de él mientras que su garganta enmudecía. Aquello que presenciaba le anulaba totalmente. Siguió todavía un buen rato agarrado a la rama hasta que, poco a poco, fue pasando del asombro a la certeza de que no estaba soñando, de que las xanas se trasformaban, de que en sus cuerpos se producía la inconcebible metamorfosis de la que el anciano hablaba. Observaba sin apenas creerlo cómo habían abandonado su aspecto infantil para convertirse en mujeres, hermosísimas por cierto, logró pensar al irse tranquilizando. Y recordó más tarde la sarta de mentiras inventadas por el vecindario. ¡Banda de ignorantes! Cómo osaban decir que las xanas carecían de senos... Tendrían que verlos como él los veía, turgentes, erguidos, y sus delicadas y flexibles cinturas que casi podría abarcar con la palma de una mano. Lo raro era que ellas, tal vez avergonzadas por su desnudez, trataban de esconderse unas detrás de las otras, las manos sobre el pubis y las mejillas arreboladas. Como las manzanas, se dijo Gaspar. Tienen el color de las manzanas en sazón.

Cargó sus cestos a hombros y las siguió en silencio, serpenteando una senda intransitable entre ortigas y zarzas. Una senda que no tenía fin. Sólo se detuvieron al llegar a la hendidura de un roble, en el que el sol no osaba penetrar y el musgo aún era verde. Él las miraba sin pestañear. Las observó correr a cerciorarse de la profundidad del providencial hueco, y una vez convencidas de que podrían caber y subsistir, volvieron a hacerle señas para que les acercara sus preciados bienes. Los xaninos fueron los primeros en tomar posesión, le decían adiós, se empequeñecían al desaparecer en el interior de la corteza. De improviso, una de las xanas, la más osada y bella se le acercó insinuante, y Gaspar arrobado la refugió en sus brazos. Un extraño placer se apoderaba de sus sentidos. Cerró los ojos, sin oponer resistencia a los brujos encantos de aquel ser que se le antojaba tan irreal como humano. Notaba la avidez de aquella boca en la suya, caricias en su cuerpo que le hacían estremecer. Ensimismado, apenas advertía cómo las otras xanas trataban de empujarlos hacia el roble. La naturaleza entera desbordaba sus efluvios sobre el rostro de Gaspar. Besos perfumados de laureles, eucaliptos, madreselvas, rocío... Sí, en ellos percibió la frescura del rocío. La humedad de sus labios le inundaba la cara, impidiéndole en algún momento la respiración. Al borde de la angustia gritó desesperado. Las fuerzas le

flaqueaban pero no renunciaba por ello a deshacerse del abrumador abrazo que le retenía, de aquel mágico abrazo, de su hechizo...

Gruesos goterones comenzaban a empaparle como una bendición. Confundido, no hallaba explicación a lo que sucedía y tal vez deseara que sus ensoñaciones continuasen. Pero allí estaba el agua, lúdica y plateada, que descendía sobre sus montes, sus castaños, sus robles...

Una espesa niebla le impedía la visión cuando empezó a caminar a través de la lluvia, perplejo, medio embriagado. Sus labios aún conservaban un sabor agridulce, que él se recreaba en sorber mientras paseaba la lengua por ellos intentando apurarlo hasta el final.

Al empujar la puerta de su casa, sólo entonces, se detuvo a escuchar el fragor de los truenos.

El Nuberu no debía de andar lejos.

Concha López Sarasúa

POEMAS DE "LAS DOS ORILLAS"

Conmemorando las Jornadas Poéticas celebradas en Tetuán en Octubre de 2009

Poetas en Tetuán

… a Ahmed Mohamed Mgara

El sonido en laberinto
como tu blanca Medina;
los aromas de tus calles
-mezcla de canela y menta-
como el pájaro que anida,
nos embriaga los sentidos
y al espíritu alimenta.
Versos que en la brisa vuelan
ante miradas atentas;
un manantial de colores
se respira en tus jardines,
y entra por tus siete puertas
como un espejo que encierra
a nuestras almas afines.
Tu fuerza, *paloma blanca*,
se confunde con el hálito
y la atmósfera serena
de Chefchaouen -ciudad santa-
y con el blanco y azul mágico
de sus calles empinadas
a los que el poeta hoy canta.

Julio Pavanetti

Ríndete

A la medina azul

Ríndete paloma a la luz licuada
a la roja luna de la noche tetuaní
pues nos dejó alheña y kohol
en los meandros de la sangre
y el alma inquieta, tan húmeda
tan perfumada de jazmín y hierbabuena.

Ríndete corazón jinete a la cabalgada
gozosa por las medinas de azul
por las rúas de albayalde
pues embargado, quedaste cautivo
en teselas añiles, en piedras grises
en el ocre y en el verde más vibrantes.

Ríndete peregrino, halcón de altivo vuelo
depredador de mulsas soledades
que ya no podrás poner tu garra fiera
sobre esta paloma de gentil zureo
amiga de la voz, del beso y la palabra
no podrás, no, romper el hechizo milenario
que en mis huesos reposa silencioso.

Mercedes R. García-Olías

Los potros del mar

Entregadme los potros del mar
Solamente a los potros del mar
A las patas espumeantes de su carrera
Hasta la orilla bastarda sin bucaneros
Con puerto de llegar y no de partir.
Entregadme sus hocicos convulsos
A los hálitos del fuego de su resuello.
Entregadme al galope enjaezado de sus crines
¡Qué retumbe la tierra con toda su historia
Y todas las mentiras de los libros!
Entregadme a los potros del mar
El alma hacia la isla
Las lágrimas hacia Alicante
Os los suplico
¡Entregadme a los potros del mar!

Bernardita Maldonado

Ilustración de Juan Gervasio Ferré Luparia

A MEDIANOCHE

Había sido un día muy complicado. Cuando llegué a casa me tumbé en el sofá sin pensar en nada. Contemplaba el cielo a través de los ventanales. Mi cuerpo se relajaba a la vez que caía la noche. Un tinte rosáceo impregnaba las pequeñas nubes. Estas se intercalaban con las estrellas tintineantes que aparecían poco a poco en los tramos despejados del paisaje. En qué momento me dormí, no lo sé. Desperté a media noche. Un hombrecillo sentado en el sillón me miraba fijamente.

–Quién eres –exclamé incorporándome asustada– ¿Qué haces aquí?

–Calma, no hago nada más que buscar lo mío. Y ya lo tengo. Guardas muy poco dinero en casa. Trecientos euros no es gran cosa.

Me mostraba con insistencia los billetes que hasta entonces estaban guardados en un cajón de la librería. El susto hacía sonar mi corazón con golpes desacompasados. En tanto mi nariz recibía con desagrado el olor acido de alcohol y meados que se desprendía del sujeto.

Era muy viejo. Melenudo, de tez cetrina y rostro anguloso. Una cicatriz profunda surcaba su mejilla entre arrugas renegridas. Las cejas crecidas y canosas aguzaban unos ojos brillantes desprovistos de bondad. El aspecto patibulario del individuo contrastaba con su voz bien modulada y su hablar cuidado.

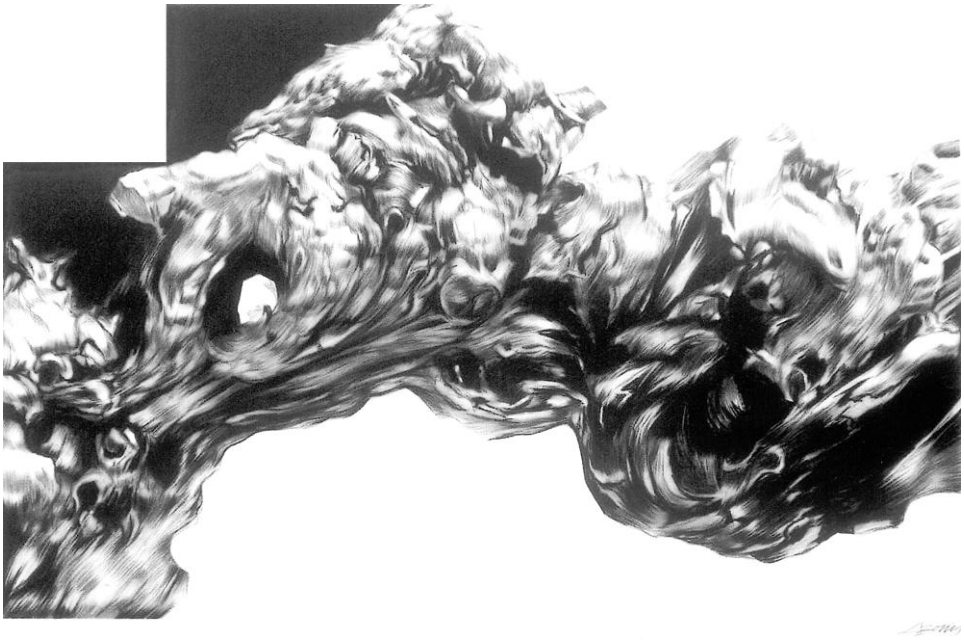
–No te molestes, conozco la salida –mientras se levantaba con calma y se dirigía hacia la puerta.

Salí de mi pasmo pasados unos minutos. Abrí y cerré los ojos una y otra vez y me pellizqué. No sabía si había tenido una visión o un sueño. Aún temblando me dirigí a la librería y hurgué en el cajón. No estaban los billetes.

Con un "¡oh!" incrédulo me hundí en el sofá.

Airam Lebasi

ARREL VIVA, de Josep Azorín



Caos

Es un hombre. Va solo por el campo.
Una misma fluidez por la llanura: el río y él.
Se acompasan los sonidos:
el río cantarín entre las piedras,
el hombre en silencio avanza.

Yazgo bajo el manzano y espero.

Lo he visto muchas veces.
Algunas en el cuarto casi a oscuras
donde sus manos enredaban mis cabellos.

Me adormezco en la caricia.

Coronado de sí el día despliega sus plumas.

Nadie me dice dónde estuvo mi voz,
y las horas, veloces, agitan sus pétalos,
y las palabras que oí se confunden.

Todo renace fuera de mi caos.

Y espero.

Airam Lebasi

Cerrar las alas

abandonar el sueño
merodear la sombra.
Quizá debamos ahora
recogernos.

Tiemblan por mí los universos,
los ojos
se resbalan por páramos sombríos
una vez fueron en la cara
mas jamás miraron.

Ahora lo sé
quizá pueda esta noche
recogerlos.
Las manos
se cansaron del odio
y hoy ya saben
que no tocaron nada
que nunca acariciaron.

Aprender a cogerte,
y recogernos
y llegarte a mirar,
y así por fin saber
reconocernos.

Julia Díaz Climent

COS D'ARREL XIV, de Josep Azorín

Dos almas (canción)

Dos almas sin ser gemelas
brujulean hacia el norte,
donde la espuma y la noche
con las estrellas se besan.

Sobre el hombro de tu amigo
removías los recuerdos,
y sembrabas remembranzas
nacidas de verdes cantos.

Yo casi me voy al mar
conmovida por su abrazo
y la profunda tristeza.
Yo casi me lanzo al mar
donde la brújula tiende
su puntiaguda saeta.

Estuve mirando al mar
estremecido en sus ondas,
bipartito por la luz
de la luna cegadora.

Quise echarme a caminar
sobre la espuma de seda,
cuando añoranzas llorabas
de tus querencias norteñas.

Yo casi me voy al mar
conmovida por su abrazo
y tu profunda tristeza.
Yo casi me voy al mar
a enterrar dolor y pena
en el callado oleaje.

En el cuello de tu amante
goteaba tu mensaje,
te consolaba la tarde
con un amor impecable.

El mar entre burbujeos
me llamaba a su guarida,
quise bañar en su seno
vuestra afilada ternura.

Yo casi me voy al mar
conmovida por su abrazo
y la profunda tristeza.
Yo casi me voy al mar
a sepultar en el norte
mi conmovida silueta.

Mercedes R. García-Olías

SOÑÉ QUE ÉRAMOS LOBOS

Ayer soñé contigo. Te vi tan cerca, suave, dulce…como siempre, pero no teníamos vergüenza.

Soñé que era de noche, que estábamos en casa. Pero no era nuestra casa, era la inmensidad; nos abrazaba la oscuridad, nos amamantaba, nos protegía y nos cuidaba, ella era nuestro hogar. Y nosotros… no estábamos perdidos, sino al contrario, nada nos quedaba por buscar, se nos leía en los ojos. Nos teníamos el uno al otro.

Soñé que te acercabas, sonreías, la luna blanca y radiante se eclipsaba en tu sonrisa, tus ojos negros llameantes hablaban de tu alma. Y los labios, imantados sin remedio y con orgullo se entrañaban en el cuello, lametazos y caricias tiernas de pasión que daban ansia al Tiempo de parar y acurrucarse para admirar. Y el cielo irradió llamas cuando pasó lo inesperado…nuestros labios se fundieron por vez primera, parecía que la noche fuese día y que volasen nuestros cuerpos sobre el suelo, como flotando sobre el mar.

Soñé que éramos libres por la estepa, que corríamos y saltábamos juntos, y alcanzamos la colina y ascendimos hasta el lugar más alto y aullamos sin descanso hasta el alba, cantando de alegría y regocijo hacia la luna.

Ayer soñé contigo, soñé que éramos uno, abrazados noche en vela, enamorados… Soñé que éramos lobos.

Iván Calero
Nuestro primer cachorro

Retrocedidos al Medievo

Paz, libertad y aire nuevo,
estas tres cosas hermosas
son las que no tiene España
retrocedida al Medievo.

A las cavernas más frías
y a los fondos más helados,
nos llevará esta pandilla
de casposos desalmados.

Se acercan tiempos muy duros,
momentos bastante hostiles
que para ver por la noche
usaremos los candiles,

porque no tendremos luz
para seguir avanzando,
hasta hallar la libertad
mi buen amigo Fernando.

La que siempre hemos soñado
que por cierto nunca llega,
para que puedan vivirla
los pueblos de nuestra vega,

de toda España y Benferri
La Aparecida y Catral,
Dolores y Almoradi,
Arneva, Hurchillo y Rafal.

¿Cuándo llegará ese día
que pueda cantarle al viento
todos estos versos míos
cargados de sentimiento?

Aquí donde hemos nacido
en este pueblo hortelano,
rodeados de estiércol puro
de cabras, vacas y huano,

fertilizante esencial
para hacer que crezca el trigo,
y dé la mejor espiga
del mundo mi buen amigo.

Es la riqueza más grande
que uno puede recibir,
cuando llegas a este mundo
y te acaba de parir

una mujer hortelana
de Callosa del Segura,
que se pasa el día cantando
y regalando hermosura.

A pesar de ser muy pobre
rechazó de plano el yugo,
el que le intentó poner
sobre su cuello el verdugo,

el que no piensa otra cosa
que es tener amordazado
a todo un país entero
muerto de hambre y subyugado.

Me paso el día pensando,
cavilando porque veo
todo un pueblo en retroceso
cada momento más feo.

No quiere que el pobre vaya
ni al colegio ni a la escuela,
para que trabaje duro
en las huertas de Orihuela.

Porque sabe que si aprende
hacer valer su escritura,
habrá perdido el poder
y su férrea dictadura.

Pero temo que el fascista
vaya a soltar fácilmente
el látigo con que pega
sin miedo alguno a mi gente.

No soltará esta herramienta
porque si la suelta sabe
que habrá perdido sin duda
la impunidad y la llave

del candado que sujeta
fuertemente la cadena
que arrastra este pueblo mío
por capricho de una hiena,

de un narcisista arrogante
quien dice ser español,
¡no le creas jornalero!
que te tendrá bajo el sol

sin comer y trabajando
en los campos de labranza,
mientras tu prole malvive
y crece sin esperanza.

Necesito con urgencia
que regreses campesino,
a aquella senda perdida
y a aquel perdido camino,

que hicimos juntos andando
paso a paso por mi huerta,
gesto que yo te agradezco
hoy sentado aquí en mi puerta,

dándole vida a estos versos
que dedico a nuestra tierra,
la que un día nos vio nacer
sin nada en plena postguerra,

que ni tan siquiera había
un pedazo de pan duro
para mitigar el hambre
en un país sin futuro.

La libertad que reclamo
e insistentemente pido,
¡luchad por ella, españoles,
hasta el último latido!

Trinitario Rodrríguez

EN TORNO A MIGUEL HERNÁNDEZ *de Manuel Parra Pozuelo*

Vaya por delante nuestro aliento y felicitación a la Asociación Cultural Auca de las Letras por esta nueva publicación, que se suma a los números monográficos de su revista dedicados a Miguel Hernández y a Manuel Molina.

Y quiero destacar la vocación de Auca de las Letras de colectivo generoso y abierto a todas las personas que buscan tener una opinión propia y crítica, en tiempos azarosos como los presentes en los que lo virtual nos priva del goce de palpar un buen libro con sus guardas, hojas sepias o blancas y diseño vanguardista o clásico, pero que se pueda prestar, manosear y que forme parte, con el tiempo, de nuestra selecta biblioteca, que como todo el mundo sabe, dice más de nosotros que la ropa que llevamos o el coche que conducimos, porque conforma nuestra verdadera personalidad y eso tan abstracto y, parece, pasado de moda llamado espíritu.

Este es el primer ensayo de tipo literario que edita la Asociación Auca de las Letras bajo su colección 'Presencias Aucanas'. Y como decía el dicho clásico de Virgilio: la Fortuna ayuda a los audaces. Esto de sortear vados y escurrirse de caminos transitados y por ello cómodos la vincula con aquel librero mítico, León Sánchez Cuesta, que fue amigo y confidente de los poetas del 27 y suministrador de extravagantes libros franceses o raras y minoritarias revistas literarias españolas. Pues más modestamente, pero con igual verdad, así veo a la Asociación.

Cuando la figura de Miguel Hernández forma parte de estudios, tesis doctorales, artículos, etc., cuando se ha integrado al mundo universitario, creemos que lo verdaderamente importante es no perder la perspectiva de su obra, ejemplo y lección para todos, como dejó bien escrito Antonio Buero Vallejo del oriolano: “Me dejan indiferente los análisis de sus obras, la observación de sus presuntos excesos retóricos, porque para mí es Miguel Hernández un poeta *necesario*, eso que muy pocos poetas, incluso grandes poetas, logran ser. La más honda intuición de la vida, del amor y de la muerte brota de su fuente como de esas otras pocas fuentes sin las que no sabríamos pasar y que se llaman Manrique, o San Juan de la Cruz, o Fray Luis, o Machado... Como ellos, él sobrenadará en el olvido de los años innumerables, sostenido por la realidad esencial de sus “jornaleros”, de su “escoba”, de su “cebolla”, de su “sudor”, de sus “besos”, de su “luz”, de su “sombra”... De todas esas cosas que él ha revelado y que, por verdaderas más que por literarias, me invadían cuando visité su pobre tumba.” (1).

Me permito traer aquí a colación el título de un muy conocido poema de Vicente Aleixandre, procedente de su libro *Historia del corazón*, publicado en 1954. Ese volumen es heredero, en gran medida, de los versos incendiados de su gran amigo Miguel Hernández, que buscaban la comunicación con el lector, con el corazón de quien se aproxime a su poesía, vida transmutada, metamorfoseada en belleza, sin oropeles ni postizos, con la única y hermosa sencillez de la poesía en el tiempo. Comunicación de lo vivido, de lo sentido, de lo más hermoso que tenemos: “Entre dos oscuridades, un relámpago”, entre nuestro nacimiento y nuestra muerte, la luz, la vida acompañada de nuestros semejantes, de personas amadas. En un verso se resume una pasión de vida envuelta en el tráfago de cotidianidades vulgares pero que conforman nuestro existir.

El itinerario poético de Miguel Hernández es un remedo del otro vital, azorado y breve, pero intenso y no tan lineal en sus contornos como algunos miopes críticos nos han hecho creer. Buena prueba de ello, de la necesidad de seguir contando con otras versiones de la misma canción biográfica por parte de los especialistas, son los estudios que se han publicado durante el Año Hernandiano, entre ellos el que publicó nuestro amigo Manuel Parra (*Miguel Hernández. Una nueva visión*, Madrid, Nostrum, 2010). Pero, más allá de esos necesarios trabajos, también es posible, y seguramente igual o más enriquecedor, aproximarnos al poeta de Orihuela a través de otros temas y asuntos. Y en esto Manuel Parra ha sabido, sin duda, captar las dos oscuridades de Miguel Hernández, su nacimiento y su muerte, y el relámpago o rayo fulgurante que fue su vida, “corazón desmesurado” que a través de una poesía del silencio supo acercarse al volcán de las chisporroteantes palabras que dan forma a los sentimientos y vivencias.

Este trabajo de Manuel Parra nos presenta un Miguel Hernández bajo prismas críticos novedosos y originales. Decía Leopoldo de Luis, en frase genial, que se puede decir la primera palabra sobre un poeta pero nunca la última. Y ése es el valor auténtico de los grandes creadores: favorecer visiones investigadoras que nos ayuden a reflexionar con justeza y equilibrio en sus motivos esenciales que los convierten en originales. Pero para eso hacen falta también críticos que sepan ver y detenerse, y conocer el estado de la cuestión, y a la vez, que no se dejen impresionar demasiado y que conserven su propia opinión.

Dos trabajos específicos integran el opúsculo de Parra Pozuelo: los obstáculos -como lo califica él mismo- para la anulación de la condena a muerte del poeta; y una aproximación a las cartas del oriolano dirigidas a su

mujer. Pueden parecer temas sin relación entre sí pero nos hablan de una palabra que me venía a la cabeza en la lectura del trabajo de nuestro amigo: dignidad, la que mantuvo a Miguel Hernández en el recuerdo y presencia de su mujer e hijo en aquellas lóbregas cárceles españolas de la posguerra. La Comisión Cívica para la Recuperación de la Memoria Histórica de Alicante, como recuerda Manuel Parra, ha asumido la noble tarea de que el olvido, hoy precisamente que se conmemora el Día Mundial del Alzheimer, no entierre entre legajos que nos hablan de leyes dictadas por los vencedores la dignidad de un hombre y del pueblo que cantó, representó y defendió de quienes se rebelaron violentamente contra el poder legalmente establecido en las urnas. Un trabajo que nos habla de la infamia de un régimen ilegal y de las dificultades que todavía hoy, en 2012, podemos advertir en diversas instancias oficiales, para que anule una sentencia injusta. La crónica que nos presenta Parra del proceso para conseguir dicha anulación nos habla de los esfuerzos no para recuperar la dignidad del poeta, que nunca la perdió, como antes decíamos, sino para hacer oficial la completa anulación de la sentencia a muerte dictada contra Miguel Hernández el 18 de enero de 1940, más allá de la Declaración de Reparación y Reconocimiento Personal otorgado por el Gobierno y que fue entregado en esta misma sede por la entonces vicepresidenta primera y los ministros de Justicia y de Cultura el 26 de marzo de 2010.

El segundo de los trabajos que figura en este nuevo opúsculo se refiere a un breve estudio de las cartas del poeta enviadas a su novia primero y esposa después. Como afirma Parra, se echaba en falta un estudio que analice globalmente la relación entre ambos, y este trabajo aborda dicho objetivo, y que relaciona nuestro amigo y autor con la obra poética del oriolano. Manuel Parra nos presenta la vida de dos enamorados que, por circunstancias diversas, vivieron distanciados geográfica y a veces sentimentalmente su relación, con caracteres e inquietudes diferentes. La escritura se convirtió en forzoso medio de seguir retroalimentando la relación amorosa que los unía, y después de la guerra, las necesidades imperiosas de un *via crucis* penitenciario. En estas cartas se nos transparenta en las mismas el carácter firme y decidido pero a la vez tierno de Miguel Hernández, y la intrahistoria de un hombre y no de un número bajo el peso del Sumario 21001, bajo leguleyas y burocráticas expresiones que enredaban la vida de un ser humano en las oscuridades de un régimen violento y revanchista.

Cuando el lector llegue al final de la lectura de este trabajo de Manuel Parra podrá valorar aún más el espíritu de aquel ser libre que siguió manteniendo sus alas ligeras gracias a la memoria y al recuerdo, pero sobre todo a la dignidad, que nunca pudieron arrebatársela, y que hoy queremos seguir conservando para quienes nos sucedan, porque es la dignidad de todo un pueblo, que no quiso olvidar el tremendo sacrificio de tantas personas en la lucha por la conquista de la libertad.

Y es que este trabajo de Manuel Parra es un homenaje a Miguel Hernández, tal y como éste mismo expresó que fuera para su amigo Ramón Sijé: “Pueblo donde ha nacido y agonizado esta gran criatura: todos los homenajes que le hagamos se los merece. Procuremos que éstos resulten lo más duraderos y de verdad y lo menos teatrales y de relumbrón posibles. Yo sé que él aceptará los mejores y rechazará los otros: que aunque parece que a los muertos todo les da lo mismo, no es así”.

(1) “Un poema y un recuerdo”, *Ínsula*, nº 168 (noviembre 1960), p.17

Aitor L. Larrabide

EN LA MUERTE DEL DECANO DE LOS POETAS ALICANTINOS

Con la expresión de nuestro dolor queremos informar del fallecimiento de Don José Antonio Suárez García, que había colaborado en varias ocasiones con sus magníficos poemas en nuestra revista.

Su óbito sucedió el pasado seis de febrero en nuestra ciudad.

José Antonio Suárez había nacido en Avilés el 25 de noviembre de 1921, ingresando en la Compañía de Jesús en Loyola en 1942 y dejando dicha compañía en Oviedo algunos años después.

Sus labores literarias y filosóficas se confunden y amalgaman, en su proceso creativo, que da lugar a obras como "Filosofía del anhelo" y el poemario "Sonetos a mi perro".

Desde estas líneas enviamos nuestra condolencia más sincera a su viuda, Doña María del Carmen Nieva Monterota, y a todo el mundo poético de nuestra ciudad el testimonio de nuestra amistad y reconocimiento para nuestro compañero José Antonio Suárez.

IRREPETIBLE, INIGUALABLE ARCADIO

Arcadio Blasco, cuya proverbial generosidad, hizo posible que una de sus magnificas creaciones ilustrase la portada de uno de nuestros últimos números ha fallecido en Madrid el día quice de marzo, cuando acabamos de finalizar la maquetación de esta revista.

Auca de las Letras lamenta, muy sincera y profundamente tan irreparable pérdida. Ha dejado de existir un artista inigualable que nos ha legado una obra en la que la materia más noble y primigenia -la tierra genérica y maternal- conforma bellísimas y conmovedores espacios. Descanse en paz el hombre y el creador que siempre luchó por una vida tan honesta y solidaria como en el espíritu de sus obras alienta.

Colectivo de los poetas aucanos

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE